

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



LA PRINCESA DESNUDA
y otros cuentos

Título Original: *La Princesse nue.*

Edición original: Paul Ollendorff. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

LA PRINCESA DESNUDA

I

Hay que creer que las providencias no estuvieron muy diligentes disponiendo las cosas para contentar de un modo completo a los mortales, pues, aún estándolo, ellas no hubiesen dejado de conceder el pudor a las feas, de tal suerte que para las bellas ya no hubiese quedado más. Pensad en la dicha de nuestra mirada si nada de lo que no puede disgustar le fuese mostrado, si nada se le hubiese ocultado de todo aquello que pudiese deslumbrar. Lamentablemente, la cosas no son así. Por lo común, son las señoritas y las damas menos provistas de encantos, las más proclives a desnudarse, mientras que podrían citarse un ciento de casos al menos, en los que personas exquisitas, amadas, adoradas, haciéndose de rogar, dudarán un cuarto de hora antes de conceder al amante la vista de un brazo blanco como la nieve o un pálido seno adornado con una rosa.

Ahora bien, la princesa Azélie, cuya belleza era legendaria es esa época por toda la tierra, se mostraba más obstinada que las más modestas. Sus vestidos, que descendían hasta la punta de las babuchas, estaban confeccionados con telas tan gruesas, satenes de oro o terciopelos engalanados con plata, que el amoroso viento renunciaba a levantarlos, por muchas ganas que tuviese; y tenía unas mangas tan largas que se confundían con los guantes. Apenas consentía en dejar ver su rostro a los mensajeros seguidos de hermosos cortejos que venían a pedir su mano para emperadores o reyes.

¡Se mostraba muy cruel también con un mago que vivía en la montaña vecina! Aunque era, por lo que se contaba, el más sabio de los encantadores, no llevaba una barba blanca, su cráneo no se parecía a una lisa bola de marfil; no, era joven como un paje, con unos cabellos de oro que caían en bucles sobre los hombros. Pero, por muy apuesto que fuese, y aunque, en el fondo de su corazón, ella experimentase quizás alguna ternura por ese guapo brujo, la princesa Azélie, con todos los síntomas de la más violenta cólera, lo expulsó de su presencia, porque un día, habiéndolo encontrado en un paseo de acacias en flor, él se había arrodillado ante ella, turbado de amor, con el corazón y los ojos extraviados, rogándole que no le ocultase el dedo meñique con la uña rosada, tan fino y tan frágil que tenía bajo su guante.

Hacer de un mago un enemigo es algo peligroso; la princesa Azélie lo comprobó en sus propias carnes.

II

Una vez ocurrió que, despertando de una siesta, se encontró completamente desnuda sobre el césped. ¡En pleno día! ¡Completamente desnuda! ¡Entre la luz que la envolvía como las miradas de un millón de ojos! Y, horrorizada, se preguntaba como podía suceder que estuviese allí, sin vestimentas, en esa clara soledad, cuando vio delante de ella al joven mago que reía con aire burlón. Ella comprendió que él era el responsable, que se vengaba por mediación de su brujería, del gran pudor con el que ella lo había ofendido. No pensó en implorar, teniendo el alma altanera, sino que huyó, corriendo, corriendo desesperadamente, esperando algún cobijo donde pudiese esconder la incomparable gloria de su perfecta belleza. La amorosa brisa que antes no podía levantarle la falda, ahora no tenía, arrebatada de gozo, nada más que desear.

Azélie emitió un grito de triunfo. Acababa de ver una cabaña con la puerta abierta y las ventanas cerradas, que parecía abandonada. Se precipitó hacia ella y se encontró en la sombra, creyéndose salvada. Pero ocurrió un terrible prodigio: las paredes del oscuro habitáculo se fueron haciendo poco a poco menos sombrías, menos opacas, casi transparentes, completamente diáfanas, convirtiéndose en paredes de cristal: ¡la desnudez de la princesa no estaba más oculta que de día! El joven mago, no lejos de allí, reía y la miraba.

Ella abrió una ventana, saltó, se escapó, se puso a correr, dejando tras ella una estela de blancura y de perfume. Llegó a las proximidades de un gran bosque: se puso muy contenta, pues en el espesor de los follajes y de las ramas, ocultaría a todas las curiosidades la espantosa rosa y los estremecimientos de su joven cuerpo. Por desgracia, apenas había entrado en el bosque, cuando todos los árboles, troncos, ramas y hojas, lentamente se hundieron en el suelo: la princesa estaba completamente desnuda en medio de la inmensa llanura luminosa que antes había sido un bosque. El joven mago parecía estar disfrutando al observar el aspecto furioso y a la vez penoso que la princesa no podía evitar tener.

Continuó huyendo. Tras varias horas, evitando las ciudades, circunvalando los pueblos, – pues tanto temía ser vista en el estado en el que se encontraba, – alcanzó la orilla del mar. ¡No lo dudó! Se vestiría de onda azul y negra, se hundiría bajo la profundidad de las olas. ¡Morir! consentiría en ello, pues pudiese ser que muerta fuese vestida. Así pues, se arrojó en el tumultuoso y misterioso océano. Pero, desde el momento en el que hubo penetrado bajo las olas, desde que la indiferencia del mar estuvo por encima de ella, la princesa Azélie se estremeció; pues hete aquí que las aguas, poco a poco, bajaban, bajaban, desaparecían, se desvanecían en las mojadas arenas: ella permaneció completamente desnuda sobre las rocas y las grandes algas del Océano enjugado. El joven mago se retorció de risa.

Entonces ella comprendió que era inútil luchar contra el poder del encantador, decidiéndose a entablar un diálogo con él.

III

–Señor, –dijo – perdóneme. Es cierto que hice prueba de una modestia tal vez excesiva el día en el que rechacé mostraros mi dedo meñique de uña rosada. ¡Pero considerad que me habéis castigado terriblemente por mi gran pudor! Hacedme el favor de que pueda tener los trajes que convienen a mi sexo y a mi rango; os juro que, apenas vestida, no dejaré de ofrecer a vuestros ojos mi dedo meñique y mi mano entera.

Él se ríó con más intensidad.

COMPLICIDAD

– ¡Duérmase! – dijo él.

Ella se durmió.

Hasta aquí, nada interesante.

Las recientes experiencias de magnetismo y de hipnotismo nos han enseñado que basta una mirada viril sobre unas pupilas femeninas, o una imposición de manos sabiamente progresiva encima de la rodilla, para inducir al sueño y a la obediencia a las mujeres bien predisuestas; en cuanto a lo que a mí respecta, he conseguido, en unos sesiones cuya frecuencia me enorgullece, obligar a dóciles damas, mediante esos pases insistentes y reiterados de donde nace una especie de catalepsia, a no rechazar lo que, sin ninguna duda, me habrían fácilmente concedido en estado de perfecta consciencia. Pero de ese modo ofrezco a su pudor una excusa perfecta. ¡No es culpa suya! Es en aras al desarrollo de la Ciencia.

Valentin no es un hombre proclive a intentar experiencias mediocres. Si se decidió a rogar a la señorita Anatoline Meyer, esta deliciosa actriz, un poco gorda, no menos famosa a orillas del Neva que en las del Sena, de sentarse con la cabeza apoyada en ese sofá; si consintió en adoptar, a pesar de lo que ella tiene de romántica y de anticuada, la actitud dominante de un mago hechicero, era para mostrarnos, en el taller donde se acababa de cenar, unos fenómenos de una naturaleza completamente novedosa, completamente extraordinaria. Esperábamos prodigios. Las mujeres tenían miedo. Jo, que estaba allí, dijo a Lo, demasiado escotada:

– ¡Si lo desea, la obligaría a morderte!

– ¡Bueno! – dijo Lo – ¿dónde estaría entonces el milagro? ¿Acaso tú eres sonámbula?

Pero esas frívolas palabras apenas turbaban el profundo silencio reinante, casi religioso. Todos esperaban llenos de una agradable inquietud. ¿Qué iba a suceder? Valentin había puesto un dedo sobre cada párpado cerrado de donde, hacía breves instantes, surgía la chispa del cohete de las miradas intensas; despertando en todos la idea de un Urbain Grandier en traje negro; tenía un poco el aspecto de alguien que impide hacer saltar el corcho de una botella de champán.

El orador dijo:

– Damas y caballeros, no es casualidad que, para convencerlos de la importancia de los fenómenos magnéticos, haya elegido entre tantas jóvenes especialmente sensibles, a la señorita Anatoline Meyer del teatro de las Novedades. Ella es hermosa como un cisne y tonta como una oca. Haga lo que haga, en la somnolencia en la que la sumiré, ustedes se complacerán en verla; pues ¿acaso no es un gesto, incluso púdico, el que disculpa la belleza del brazo? y, si llegase a proferir una palabra que no sea la confesión de las mas irremediables bobadas, ustedes estarían todos obligados a reconocer y proclamar que no está en su estado normal. Tienen ante ustedes, damas y caballeros, el ejemplo más extraordinario de lo que puede producir, en nuestra civilización, la blancura de la piel ayudada por la perfecta nulidad de la inteligencia. Anatoline Meyer, no me duelen prendas en manifestarlo, es una persona asombrosa. Tiene siete u ocho coches, veinte caballos en cuatro caballerizas; todas los vestidos, todos los diamantes son para ella; aunque jamás haya tenido ningún tipo de voz – no canta incluso ni en falsete, únicamente el silencio sale de su boca junto a un perfume de rosas; – Todos los Lecocque escriben sus operetas para ella, los rusos vienen desde San Petersburgo por ella, los austriacos desde Viena y los rajás desde la India. Los sueños de los estudiantes de provincias que tal vez sean sabios o poetas, están saturados de esta muchacha, por culpa de las revistillas que leen a escondidas. En una palabra, es la seductora, la opulenta, la famosa, a quien todo obedece; y la única razón aparente de este encanto, de esta riqueza, de esta gloria, es un poco de nieve anaranjada en el inicio de un corpiño. Damas y caballeros, no cuestiono que haya un apreciable placer, sea cual sea el sexo de los labios, en besar la estremecedora opulencia de un pecho celebre; pero en el caso que nos ocupa tengo razones para creer que existe alguna desproporción entre las victorias de Anatoline Meyer y la blancura que las pone de relieve; la gracilidad gruesa de su busto, ayudada por el genio de los corseteros, no explica suficientemente que el hijo mayor – sesenta y cinco años – de un rey del Norte le haya ofrecido compartir su próxima coronación; para someter a los príncipes y a los marqueses, a todos los hombres y a todas la mujeres, debe tener algún misterioso medio; y, si yo la he dormido, si la he reducido al estado de responder con una total franqueza, e incluso con una inteligencia que no le es habitual, a las preguntas que ustedes se complazcan en dirigirle, es con la esperanza de que ¡nos revelará el secreto que ha hecho de ella la más célebre y la más rica de las personas no virtuosas!

Veinte voces gritaron al unísono en alegre algarabía:

–¡Sí! ¡sí! ¡la interrogaremos! ¡Que nos revele el secreto de su triunfo!

Pues en el taller estaban presentes un gran número de mujeres jóvenes sin prejuicios y decididas a todas las concesiones, que tenían mucha curiosidad en saber como se hace enloquecer a un hombre hasta hacerle ofrecer una corona, o por lo menos unos diamantes de Brasil a las Altezas que vienen de tan lejos.

–¡Hable! – dijo Valentin.

Anatoline Meyer, con los ojos cerrados, preguntó de entrada al mago hipnotizador, con un tono muy humilde:

– ¿En verdad, me ordena usted que le responda?

–Sí.

–Responderé entonces.

Luego adoptó un aire de estar pensando.

–Pero – dijo – ¿hablaré vestida o desnuda? Me parece que para satisfacer todas las curiosidades, para legitimar todas mis conquistas, bastaría mostrar el candor blanco y florido de rosas de mi piel, que ha sido muy admirado en todas las cortes imperiales o reales de Europa.

–¿Acaso las demás somos unas negritas? – exclamó Jo justamente indignada, con el descaro blanco de todo su pecho ofrecido. Es cierto que si para reinar en Paris y en el mundo bastase con mantener todas las batistas levantadas, exquisitamente bonitas, todas las que estamos aquí nada tendríamos que envidiarla, y su secreto sería el de la Señora de Polichinela, ¡suponiendo que la Señora de Polichinela sea tan bella como Venus Afrodita y como la más fea de entre nosotras! Pero no, nosotras estamos inclinadas a creer que usted tiene, para reducir a la postración a los más altivos, un medio misterioso y personal que nos es desconocido, y aprovechamos el atontamiento en el que está sumida, para exigirle la revelación de ese misterio.

–¡Desgraciadamente! – gimió Anatoline, resistiendo.

–¡Hable! – dijo Valentin

–¡Por desgracia! – gimió todavía.

–¡Hable!– gritó el coro de las amorosas sin prejuicios y decididas a las concesiones, en el taller donde habían cenado.

–¡Sabrán ustedes entonces la verdad! – dijo la joven mujer, bella como un cisne y tonta como una oca.

Y, lúcida, explicando por primera vez, bajo la influencia magnética, cosas en las cuales nunca había pensado despierta, hizo terribles revelaciones.

– Lo que me hace ser adorada, es que ¡jamás me acuesto con ninguno de los que me aman! e incluso no me acostaría con alguien que no me amase. ¿Por qué? No lo sé.

Yo no tengo la culpa de ser como soy – siendo judía – y que me de asco el beso. ¡La boca, es para comer y para beber! He oído decir, en las coplas de opereta que hombres y mujeres se picotean como pájaros en una jaula. ¡Es posible!; Yo no lo sé ni quiero saberlo! Eso no me incumbe. No tengo ninguna idea de eso que se llama el placer ni el abandono; y no entiendo muchas otras palabras que ustedes dicen. Durante la noche mi único deseo es que él se vaya, ¿quién es él?, el que está allí, el que me aburre – y cuando se ha marchado duermo, duermo muy bien. Siempre ha sido así. Mi madre, portera y enfermera, me decía, porque yo gritaba en las escaleras cuando los criados me pellizcaban en las nalgas: «A ti, a ti habría que meterte en un convento, esa es tu vocación: ¡eres un ángel!» Ella decía eso con rabia; se equivocaba, yo no soy un ángel.

No. Soy una mujer a la que eso le desagrade. ¿Lo qué? Lo saben ustedes muy bien. Quizás sea virgen, sin embargo no estoy segura; incluso, para ser franca, no lo creo; no, no lo creo, porque hay personas bruscas, y además, el azar, una noche, durmiendo...

¿qué es lo que se sabe al día siguiente? En fin, supongo que ya no estoy más por repetir la faena de la primera vez. ¡Sí, eso es! Después de varias. Pero nunca he querido volver a hacerlo. Mamá me decía: «¡No tendrás porvenir!» Ella se equivocaba por completo,

¡la vieja! Hay que creer que solo había velado imbéciles, que no saben nada de las cosas. La auténtica verdad, óiganme muchachas, – y, en esta ocasión, la voz de

Anatoline Meyer se hizo grandiosa, como profética, – la verdad, es que yo me convierto, –¡ah! dama, también en el teatro, la pasarela, y los senos que salen, – me convierto en el deseo de todos, sí, de todos, cuando ha quedado bien probado que no experimento de ningún modo el deseo de ser amada. Lo que encanta a los hombres, es que me ofusquen y que tenga ganas de cerrarles la puerta en las narices a la hora en las que quieren irse a la cama. He aquí mi secreto. Vosotras os equivocáis del todo, compañeras, creyendo que vuestros enamorados os están agradecidos por el placer que les dais. ¡Mucho más a menudo eso los extenua! A mí, eso me irritaría. De ahí mi fortuna, y toda esa celebridad que tengo a mi alrededor. Por bonita no es; las hay más

bonitas que yo; pero, fría como la empanada de ayer, eso es lo más importante y lo que les produce placer puesto que no tienen necesidad de fatigarse poseyéndome para tener el derecho de decir que me han amado. Yo no los contradigo, soy una buena chica.

Estoy contenta de que ellos se vanaglorien, puesto que eso me ahorra ayudarles a no mentir. Mi pereza es la cómplice de su debilidad. Es el matrimonio de quien no quiere con quien no puede. En las uniones bien coordinadas uno no se une del todo. Y ellos están radiantes. Y yo duermo sola. Lo que no impide, bien al contrario, – pues ellos son maliciosos, – que yo pase por ser una persona endiablada que no tiene frío en los ojos ni en otra parte; un buen toque de lápiz bajo los ojos, sabéis, eso halaga al amante en el almuerzo, delante de los amigos, Pero, en el fondo, el más enamorado de todos lo que me adoran paga doscientos mil francos por semestre por el derecho de no amarme nunca y de decir a su cochero cuando lo despido a la puerta de mi palacete: «¡Rápido! ¡a casa!» Por otra parte, yo soy franca, lo que hago, no lo hago por sistema. No, soy así, inocentemente, naturalmente. Pero, ahora, dormida, en esta sombra en la que veo claro, me explico a causa de mi fuerza y de mi triunfo. Puesto que los hombres no son más hombres, pues les faltan mujeres que no son mujeres. Me aman porque no soy amorosa; quieren acostarse conmigo porque yo no quiero acostarme con ellos; soy – en esta taciturna vida moderna donde desfallece el verdadero amor – una resistencia que autoriza el retroceso; al menos conmigo no se sienten humillados. Nos entendemos al decirnos: «¡Hasta mañana!» ellos no pudiendo más y yo bostezando; y, mirad – seguid mi ejemplo, convertid, por el mismo medio a ilustres, ricos e idolatrados – el príncipe que me quiso esposar, que tal vez me hubiese puesto no en una cama sino en un trono, ¿sabéis que?, se ha visto obligado desde que se ha convertido en rey a que tres criados colosales y magníficos hiciesen un delfín a su esposa. Pero todo eso son cosas que jamás os habría dicho si no hubiese estado dormida por el hipnotizador Valentin, en presencia de Jo y de Lo, en su taller donde se ha bebido champán.

EL TESTIMONIO DE LAS PALOMAS

Lo que tiene de particularmente delicioso, entre mil cosas exquisitas, es el modo, que no tiene parangón, de arrojar sobre el sofá el corsé de terciopelo rosa y malva cuyo fino lazo y ligero se aleja tan vivamente fura del último ojal en un rumor de seda lisa que se desliza. No es mi intención humillar a nadie; admito y soy de la opinión que muchas mujeres jóvenes, tras serios estudios y algunos ensayos generales donde fue admitido público, han conseguido quitar su corsé – extremo dificultoso – de un modo suficientemente agradable de ver y apropiado hasta el punto de disuadir las tiernas intenciones de los asistentes: Dios me libre de suponer por un solo instante, lector, que su esposa o su amante, por la noche, de pie, ante el armario con espejo, contiene la respiración para obtener una retracción epigástrica, pasa las dos manos sobre sus caderas – con un rictus de esfuerzo en la boca y los párpados,– respira: ¡uf! en una suave liberación, cuando el broche por fin se ha soltado, y, tras haberse desprendido del satén y las ballenas, – como un hombre de leyes las ataduras de un documento – los cordones del lazo que arrastra y mete todo en el armario, entre la caja de guantes y el montón apretujado de las camisas de batista. No, me niego absolutamente a admitir que esta suprema desolación os sea impuesta. Por otra parte, me inclino a creer, – pues han surgido por entero dos cosas que no son susceptibles de perfeccionamiento, la Poesía y el Amor, y, el día del fin del mundo, ningún poema habrá superado el poema cantado por el primero de las grandes poetas, ni ningún beso habrá sido más dulce que el primer beso de la primera de las parejas humanas; – por otra parte, digo, me inclino a creer que las mujeres de épocas remotas fueron iguales a las de hoy en día en el prestigioso arte de encantar las miradas y los corazones; Eva, tras el pecado, – ¿pues antes de eso qué puede importarnos? – debió haber imaginado un muy insidioso método de dispersar al viento las hojas de la higuera con las que cubría un reciente pudor; y Laïs de Corinto y Rhodope de Tebas, más tarde, destacaron sin duda retirando las estrechas tiras de púrpura y metal con las que se ceñían como una armadura habituada a las capitulaciones, para los combates donde una doble derrota admite, a voces desfallecientes, el triunfo de Eros. Pero, sin embargo, yo afirmo con la imperturbable serenidad de aquellos que están seguros de tener razón a pesar de que lo que diga parezca contradecirse con una frase antes dicha, que ¡ninguna amorosa, moderna o antigua, no quita o no quitó su corpiño como la marquesa Coelia quita el suyo! y, de todas las glorias por las que he sido tentado, una sola me sobrevivirá, la de haber

conocido y cantado la delicia del minuto en el que ella retira de su pecho, de sus esbeltos riñones y de sus ligeras caderas, la estrecha faja de terciopelo malva y rosa, añorándolas.

**

Llegado a este punto, la curiosidad de los lectores me interroga, y me obliga a dar unas explicaciones más precisas. Afirmar no basta, se solicitan pruebas. Sea, las proporcionaré, pero serán suficientes, os lo advierto, pruebas escritas; para las visuales os desafío.

De entrada, seré didáctico.

El Corsé es monstruoso.

Durante siglos, los turistas que visitaron las casas en las que vivimos, consideraron con espantosa estupefacción, entre los vagos vestigios conservados en los armarios y los cuartos de aseo, este instrumento de tortura y de afeamiento, anticuado, quimérico, odioso, ¡el Corsé! y, cuando se les comenta que las mujeres, amantes, esposas, que el único objetivo habría debido ser, puesto que eran mujeres, el delicioso abrazo o el fecundo yacer, consentían el permanente suplico de la ballena que aplasta el seno y que oprime el vientre, se encogieron de hombros diciendo: ¡Bárbaros!

Pero hoy, monstruoso o no, el Corsé se impone; ¡luchar contra él sería una vana empresa! estamos obligados a aceptarlo, como un pueblo convencido, por desgracia, de la inutilidad de toda revolución, lleva el yugo del extranjero, y nuestro único recurso, – actualmente – es que el horror de su tiranía sea atenuada en los límites de lo posible.

Ahora bien, del horror de esta tiranía, la marquesa Coelie, – ¡los dioses la recompensen! – ha hecho un encanto incomparable.

¿Por qué milagro? Helo aquí.

En el uso del corsé se producen dos momentos capitales:

Ponerlo.

Quitarlo.

El primer momento no presenta más que un problema fácilmente resoluble, a causa del misterio con el que se puede y con el que se debe envolver la vestimenta femenina. Las amorosas dignas de ese nombre no nos revelaran jamás, nunca nos autorizarán a sorprender el suplicio que padecen para parecernos más esbeltas; y nosotros, admirando la sonriente mentira de su cómoda respiración, fingiremos no saber por qué dejan cesar de tener hambre, de repente, después de la sopa.

Pero llega el minuto, el minuto terrible, en el que tienen que quitar ese corsé que se pusieron. Y yo me pregunto, lleno de misericordia y pavor, ¡cómo la más ardiente de las amantes o la más resignada de las esposas, puede considerar, sin desfallecer, el breve plazo de ese espantoso instante! ¡Cómo! La camisa arrugada, doblada en pliegues desiguales casi clavados en la carne martirizada, los surcos enrojecidos o azulados a través de la batista o la seda, las ballenas encarnizadas que se aferran, y el imprevisto despliegue de todos lo que estaba comprimido, la libre absorción del aire, y, ¡vergüenza suprema!, la digestión autorizada, ellas confesarán todo eso, ¡lo confiesan! Algunas en el instante fatal se escapan de la habitación, tras los prometedores besos, y no regresan allí mas que liberadas por fin de los duros abrazos del corsé y todas las huellas de la tortura, bajo una transparencia intacta, maquilladas de pálidos o rosados suficientemente auténticos. Pero eludir la dificultad no es más que un modo cobarde de vencerla. Los verdaderos valientes miran la necesidad de frente, y ponen su gloria a triunfar sometiéndose a ella. ¡Tal es la magnífica temeridad de la marquesa de Coelie! Ella se atreve a quitar su corsé delante de su amante, sin subterfugios de cortinas bajadas, de pudores distantes, de lámparas menos luminosas. Sí, a plena claridad, entre los dos

espejos, retira su corsé, tranquilamente; pero hay en la prisa, evidentemente metódica de los broches que se extraen, del lazo desenrollado del pecho, pleno de palpitations, en las batistas que parecen vaporizarse, en los blancos revelados, en los perfumes salvajes de los brazos lentamente levantados para que la camisa sea retirada, tanta gracia de expansión, de dispersión y de perfumes agrios, que seria bien enojoso que la marquesa Coeli no hubiese puesto por la mañana su corsé, puesto que lo quita por la noche de un modo adorable.

Por desgracia, lo reconozco, he divulgado mal el secreto de Coeli; y, después de mis insuficientes revelaciones, aquellas que quisieran imitarla en el modo de despojarse del instrumento de suplicio que la moda les impone, se encontrarían muy confusas. Es por lo que tal vez me haya equivocado antes, y que en realidad ella no tenga ningún secreto. ¿Quién sabe si su destreza no consiste simplemente en estar, con los velos ya desaparecidas, más encantadora que bajo ellos, y si el minuto en el que su corsé cae, exquisita a causa de su modo de quitarlo, no lo es sobre todo por lo que muestra quitándolo? ¡Oh, pecho sin par de diosa adolescente!, ¡oh, pecho tan fresco y tan frágil!, ¡dulces pájaros de nieve con picos rosados! Sobre este punto os contaré lo ocurrido a dos palomas abrazadas bajo las ramas. Los bosques ofrecen a los enamorados misteriosas alcobas. ¿Y qué son los vestidos, en la soledad complaciente, sino vanos obstáculos, después del primer beso: «¿Pero dónde está mi corsé?», dice ella. El amante lo busca entre las ramas, en los musgos; por fin lo encuentra abierto, entre las hierbas. ¡Pero mirad que aventura aconteció! Dos palomas silvestres, muy pequeñas, blancas y estremecidas, habían metido, una a la derecha y la otra a la izquierda, en las concavidades de terciopelo y encaje donde estuvieron los senos y se picoteaban con sus picos rosados. «Vamos, dijo el amante, fuera, salid de ahí, pajarillos: Coelia solicita su corsé.» Pero las palomas se encontraban muy bien donde estaban. «Bueno, dijeron, ¿por qué nos echáis, os lo ruego, de este doble nido de tela donde tan a gusto estamos? ¿Acaso no somos tibias y delicadas, y tan tiernamente pálidas y estremecedoras? ¿Qué podría meterse en nuestro lugar que fuese más bonito, más níveo, más suavemente palpitante? Pero Coelia, que se aproximaba inquieta hacia su corsé, se inclinó: las palomas la miraban, levantando sus picos rosados; vieron su pecho desnudo, donde lucían dos rosetones. Entonces reconocieron que no tenían ningún derecho a permanecer allí, y las usurpadoras levantaron el vuelo humilladas.»

EL COFRE DE ÉBANO Y ORO

Colette dijo:

– Lila, ¡cómo me alegra tu visita!, en primer lugar porque ver sonreír tus ojos y florecer tu boquita es mi más dulce placer, y luego porque tengo una gran noticia que darte, una muy buena noticia además. ¿No notas un cierto cambio en mi aspecto?

– Ningún cambio, querida! Estás como siempre, es decir la más bella cosa viviente que se haya parecido, por el color, el olor o la gracilidad, a una flor o a un pájaro; y no has dejado de tener, en cada uno de tus gestos, en cada una de tus miradas, ese amable no sé qué que resulta completamente antagónico a lo virtuoso llevado al extremo.

– Me sorprende. Me parece que debiera parecer muy seria al mismo tiempo que muy alegre, como una persona que, tras haber maquinado en su espíritu importantes pensamientos, alcanza por fin el objetivo de sus meditaciones. ¡Pues he logrado mi objetivo! Sí, Lila, ves en tu amiga a una mujer que ha imaginado, que ha realizado, que más de una vez ha puesto en practica la más asombrosa y la más útil de las invenciones. En una palabra, he encontrado algo absolutamente nuevo, absolutamente admirable; y queda fuera de toda duda que, si nuestras bisnietas son justas, seré considerada en el futuro como una de las grandes bienhechoras de la humanidad femenina.

–¿Algo nuevo?

–¡Sí! – dijo Colette.

–¡Oh! ¡oh! es que, cansada de la monotonía del beso siempre parecido al beso, ¿habrás conseguido combinar, en tu bendita sutilidad...?

–Querida, no hay que intentar lo imposible. Estoy resignada (esperando, que en una vida próxima, otros gozos nos serán revelados, pues siempre he confiado en la religión) a las delicias ordinarias y demasiado poco previsibles; me conformo, por desgracia, con su exceso y su frecuente reiteración.

–Desgraciadamente, yo hago lo mismo – dijo Lila.

–¡No, no he perseguido lo que no puede ser logrado! He querido lo extraordinario, sin pensar en lo irrealizable.

–¡Ah! ¡me tienes en suspenso! ¿Me revelarás tu descubrimiento?

–Sí, te lo revelaré si me prometes escucharme con la seriedad que conviene a tales circunstancias.

–¡Nadie es más seria que yo! – dijo Lila mordisqueando una rosa donde ella encontraba, delicioso como un recuerdo fecundo en esperanzas, el perfume de cuatro

labios, – su boca y otra boca, – mezcladas sobre esa flor, un poco antes, esa misma mañana.

Tras un silencio, Colette dijo:

–Seré breve. ¿Tú crees, Lila, que nosotros tenemos una excelente reputación?

¡La mejor reputación del mundo! ¿Quién se atrevería, querida, a hablar más de nosotras? ¿No somos jóvenes? ¿No somos deliciosas? ¿No hemos probado, por condescendencias a menudo renovadas, nuestra inclinación a no ser avaras en los encantos que nos fueron concedidos por las liberales providencia? ¿y no es cierto que llevamos la sinceridad de nuestras encantos hasta compartir sensible y visiblemente, en la mayoría de los casos, las alegrías de las que somos dispensadoras? Por lo que a mí respecta, nunca he encontrado en mi larga carrera, – pues tengo veintidós años, – una sola persona que se haya atrevido a quejarse de mi, y que la profusión de mis misericordias provoque algún tipo de ingratitud.

–No me entiendes, o finges no entenderme. Te pregunto si supones que pasamos, en la opinión común, por jóvenes virtuosas y completamente irreprochables-

– Es cierto que en lo que concierne a la virtud...

–En lo que concierne a la virtud, todos son unánimes en afirmar que ¡estamos totalmente desnudas! Es algo muy enojoso.

–¿Enojoso?

–¡Tan enojoso como es posible! no a causa de la voluble y vana opinión del mundo, que nos importa bastante poco, sino debido a la depreciación de nuestros más adorables encantos, fatalmente provocada por nuestra facilidad demasiado celebre a no rechazarlos. Querida, ¡no se encuentran verdaderas delicias más que en lo que resulta raro y difícil! y las obras que se quieren ver son aquellas que todo el mundo rechaza.

–¡Estamos de acuerdo, Colette! pero ¿cuál es el remedio a eso? Los amantes están poseídos de tan necesidad de comentar que sería completamente quimérico contar con su discreción; ya no se les pide incluso esta discreción, estaríamos locas si la esperásemos; y los menos inclinados a jactarse de su buena fortuna acechan, en nuestra almohada, mirando el reloj, la hora en que irán a contarlo todo al casino.

– ¡Bien! yo te hablo de...

– ¿Has encontrado el medio de obligar a los hombres a silenciar los favores que se les concede?

–¡No! No se puede impedir que la lluvia caiga en otoño ni la nieve se funda en primavera. Pero gracias a mi secreto las palabras de los más charlatanes amantes quedarán anuladas, invalidadas, comparables a vanas calumnias, y la virtud, la más fácil y frecuentemente cuestionada, no tiene nada que temer de las indiscreciones, permaneciendo inviolable, triunfando sobre ellos, confundiéndolos por mucha credibilidad que parezcan tener.

–¿Has encontrado semejante secreto?

–¡Lo he encontrado! dijo Colette triunfalmente; y lo he metido en ese cofre de ébano y de oro, que está sobre la mesa, del que aquí esta la llave y yo te permito abrir, pues ¡no hay tesoro que no comparta contigo, querida!

Pero en el instante que Lila, con la llave en la mano, se arrojaba hacia el cofrecillo, una doncella entró, anunciando que tres visitantes, el Sr. de Marciac, el vizconde de Argeles y Valentin, solicitaban ver a la Señora.

–Espera, Lila, – dijo Colette, – ¡no abras todavía el cofre! Esta visita que, por otra parte yo esperaba, nos viene muy al pelo; y, antes de conocer mi secreto, podrás ver sus maravillosos efectos. Ven conmigo, y mantente digna.

Entraron en el salón, muy dignas ambas. Colette, sin siquiera dirigir una mirada a Valentin, dijo:

– Les agradezco, – dijo ella al Sr. de Marciac y al vizconde de Argeles – haber respondido a mi llamada. He rogado a mi amiga Lila que me acompañase en esta ocasión; su presencia añadirá alguna solemnidad a nuestra entrevista. la justificación de una mujer honrada y la confusión de un calumniador no podrían tener demasiados testigos.

Luego, bruscamente, hacia Valentin:

–¿Señor, usted ha contado a quién ha querido escucharle que, la pasada noche, renunciando en su favor a los severos principios que, de ordinario, nadie me deniega, he consentido en concederle hasta el amanecer la hospitalidad de mi salón y luego de mi alcoba?

Al principio, los tres hombres se habían mirado en silencio, sorprendidos. Luego Valentin prorrumpió en carcajadas.

– Señor – continuó severamente Colette, – ese regocijo no deja de ser bastante impertinente. No se ría y responda. ¿Confirma usted las palabras que se le atribuyen?

Valentin se agarraba las costillas.

– ¿Y por qué no habría de confirmarlas? –dijo él.– Usted es de esas, gracias a Dios, que no se asustan del convencimiento de un tierno abandono; y, por consiguiente yo proclamo, como no he dejado de hacerlo, que es usted, de la garganta al dedo gordo del pie, más blanca que las más vírgenes níveas, con un poco de luminosidad rosada y un poco de sombra donde conviene tenerla...

– No se trata de los diversas tonalidades con las que se pueden colorear los palideces que yo oculto a todos los ojos, sino de mi decencia tan cruelmente menoscabada por su mentira.

–¿He mentido? – exclamó Valentin.

–Usted ha mentido! – dijo Colette; y le desafió ante estos caballeros, oficialmente convocados, a que demuestre su afirmación.

–¡Eh! – respondió Valentin redoblando su hilaridad – ¿es que pueden probarse esas cosas?

– Sí, señor, ¡pueden probarse cuando se ha dicho la verdad!

Y añadió enrojeciendo:

– Aunque me cueste enormemente atraer el pensamiento de aquellos que me escuchan sobre un aspecto misterioso de mi personas, no dudo en confesar que mi piel está marcada por una señal que no habría podido escapar a la clarividencia de un amante un poco atento. ¡Bien! Señor, dígame ¿cuál es esa marca? ¿dónde está?

–¡Ah!, sí, sí, ya me acuerdo.

–¡Bien! hable, se lo exijo!

–¡Ya que usted lo quiere!... Una pequeñita marca rosa, apenas hinchada, parecida a una frágil y pálida fresa del bosque...

–¡Acabe! ¡Triunfe! ¡confúndame! ¿Dónde se encuentra esa fresa?

Cerca del seno izquierdo, apenas debajo de la exquisita redondez de nieve tibia, en el intervalo adorable...

–¿Está usted seguro?

–¡Caramba! – dijo Valentin.

Colette se levantó, altanera como una virgen guerrera.

—¡Caballeros! voy a hacer algo de lo que se horrorizará durante mucho tiempo mi natural pudor. Pero la necesidad de demostrar mi inocencia me obliga a este horrible sacrificio. ¡Este hombre es un impostor! ¡Fíjense, miren, vean!

Y, desabrochando, con un solo movimiento todo su corsé, ofreció a plena luz la blancura láctea de su pecho, donde ninguna fresa, no, ninguna, aparecía entre los dos senos menudos que la indignación hinchaba.

¡Pienso que no ha habido hombre que haya pasado por momentos tan penosos, como Valentin en ese instante! ¿Qué habría podido decir para justificarse? Que había sido un calumniador saltaba a la vista: bajó la cabeza, y los dos jóvenes hombres, testigos de la escena en la que había triunfado la virtud de Colette, se llevaron al culpable, no sin dirigirle en voz baja vivos reproches.

Cuando ambas regresaron a la habitación, Colette dijo:

— ¡Bien! ¿Lo entiendes?

— Claro que sí, ya lo entiendo, — dijo Lila — Valentin ha mentido, eso es todo. Son cosas que pasan, incluso a los hombres.

—¡Eh! no, no ha mentido.

—¿Cómo?

— Al amanecer yo puse de rosa los encajes de la ventana cuando él me dejó, anteayer.

— Pero la fresa, entonces...

— Él la vio!

—¿Cerca del seno izquierdo?

—¡Sí!

— Pero no está allí.

—¡Tonta! estaba allí.

Y, partiéndose de risa, dijo:

—Abre el cofre, ábrelo!

Lila abrió el cofre de ébano y oro, donde se mezclaban, rosas, negros, malvas, dorados, rojos, cien pequeños trozos de velos, de satén de terciopelo, que imitaban a todas las pequeñas flores o a todos los pequeños frutos, con los que se pueden aumentar los misteriosos encantos de nuestras amorosas.

—¡Ah! ahora me lo explico! Es admirable, y tú eres sublime! —exclamó Lila extasiada. — Has encontrado el medio de reducir a la nada las habladurías más detalladas de los amantes indiscretos. ¿Me permites tomar estos talismanes? Precisamente, parto mañana, y, en las ciudades donde no soy conocida, donde una puede ser fácilmente sospechosa, es bueno tener con que confundir las calumnias de las personas que una se encuentra por azar en los vagones y en los albergues.

—Toma, toma lo que quieras.

Lila hundió su mano derecha en el cofre y la retiró completamente llena.

—¡Ah! ¡estás cogiendo demasiado!

—¡Es que me voy de viaje!

—¿Por mucho tiempo?

—¡Por cinco o seis días! — dijo Lila con su fresca risa de rosa ofrecida.

LA ÚLTIMA MORENA

Se produjo un clamor triunfal, ¡unánime! Sobre todo los poetas, que son los únicos hombres razonables por estos andurriales, pues dudan de la realidad y no están seguros más que de quimeras, se sintieron llenos de gozo, y no dejaron de proclamar su aprobación en estrofas bien rimadas, – ¡una buena rima es el no va más del entusiasmo! – cuando vieron a la mayoría de las muchachas mostrar al sol sus cabellos tan dorados como el propio astro. Pues las enamoradas, antes orgullosas de sus negras melenas, ¡no querían ya portar esos cascos sedosos del color de la noche cerrada! No, ya no querían ser morenas; y aquellas que antaño estaban coronadas de sombras como reinas infernales aparecieron más pelirrojas que los maíces de Provenza o más doradas que las hijas obtenidas del azafrán. ¡Adorable victoria de las rubias! todas las antiguas metáforas fueron hechas realidad. A cada momento, besábamos en las frentes de nuestras amigas, en sus sienes y en el oloroso misterio de sus nuca, el oro pálido o amarillo, el oro rizado y estremecido. Se nos decía: «¡Tened cuidado con las decepciones! ¡todo lo que brilla no es oro auténtico! no olvidéis que la falsa ciencia de los químicos-perfumeros quizá haya colaborado con la naturaleza para producir este destello en los cabellos donde vuestros labios se extasían.» ¡Bah! ¡no dejábamos de decir! ¿Qué nos importaba? hacía ya mucho tiempo que habíamos admitido, en los asuntos de la belleza y del amor, la necesidad de la honesta y divina Mentira; ya nos habíamos acostumbrado a decir al maquillaje: «¡Tienes razón!» y nuestra resolución de estar deliciosamente engañados por la hipocresía de los tintes nos proporcionaba unas alegrías que no nos las hubiesen producido con mayor intensidad la franqueza de las cabecitas más rubias.

Así pues, este modo de tener los cabellos del color de la aurora o del mediodía, reinaba entre las bellas personas que, de ordinario, dejan besar sus manos y sus labios sin demasiado rubor. Habríais buscado duramente mucho tiempo antes de encontrar una muchacha que se atreviese a la antitesis, es decir con una caída de su melena negra sobre la nieve de los senos. Nuestras amigas eran rubias, o pelirrojas, ¡todas! mechones flamígeros se escapaban de los sombreros, y, durante la noche no valía la pena mantener las lámparas encendidas en las habitaciones donde anidaba el amor, puesto que el

resplandor de los moños liberados iluminaba las tinieblas. Tan sólo un único enamorado no parecía satisfecho por tal estado de cosas. Era Armand Silvestre; abusaba de la autoridad que le dan tantos maravillosos poemas para obligarnos a escuchar sus quejas, divinamente armoniosas; pero, aun encantándonos, no lograban convencernos; y, orgullosos de ver a nuestras contemporáneas conformarse con nuestros sueños llenos de visiones rojizas, vivíamos con la dicha de manejar, de aspirar, de morder unos cabellos como brasas encendidas, de hundir nuestras frentes en vivas malezas completamente hechas con pistilos de lis.

Pero una vez, en un moribundo crepúsculo de verano, en un lejano claro donde emanaban cálidos perfumes, sucedió que una joven muchacha y un joven hombre, – bella ella, poeta él, – bien lejos de ser felices como es convenido, estaban tristes hasta la muerte.

El amante, arrodillado, decía:

– ¿Para merecer las extremas delicias de las que estoy perdidamente ávido, no os he mostrado, ¡oh encanto mío!, desde hace una hora que os suplico, bastantes fervientes ternuras? Es cierto que todavía no he tenido ocasión de combatir en vuestro honor con gigantes y echadores de encantamientos, y me ha faltado tiempo para haceros inmortal en triunfales odas. Pero bien sabéis que realizaré por vos, llegado el caso, la más famosa hazaña, y que, cuando regrese a mi gabinete de trabajo, os celebraré en unos poemas que serán los más bellos del mundo. ¿Por qué entonces sois tan cruel conmigo? ¿Qué excusa tenéis para no pasarme el brazo alrededor del cuello en este bosque solitario y completamente repleto de suspiros murmurantes, donde las altas hierbas y la suavidad de los musgos son tan propicios a los abrazos cariñosos? ¿Tal vez soy comparable en fealdad al más odioso de los cíclopes, inspirándoos un horror que no podría ser superado? o bien, ¿en lugar de corazón, albergáis en vuestro pecho una dura frialdad diamantina que jamás prenderá?

Ella, suspirando, respondió:

– ¡Es bien cierto que mi conducta debe pareceros cuando menos culpable! Hace tiempo que, en este lánguido crepúsculo, consejero de abandonos, no habría debido dejaros de conceder vuestros deseos, puesto que vuestra codicia, desde hace más de una hora, me implora, y si enrojezco es por mi inhumana virtud. Pero creed que estáis equivocado buscando la causa en un horror que estáis muy lejos de inspirarme o en una frialdad que, gracias a Dios, no me es innata. No, si rechazo vuestras manos agradablemente temerarias, si mi boca rehuye vuestra boca, desgraciadamente, muy poco detestada, es porque no merezco el fervor que vos me mostráis, sabiéndome yo indigna de complaceros.

– ¿Qué estáis diciendo? – exclamó él furiosamente. – Vos sois la más exquisita de los seres vivos. Hay una peonía, incluso en pleno invierno, en el jardín por donde vos pasáis a causa de vuestros labios, y, mirando el más sombrío cielo, vuestros ojos pondrían en él brillantes estrellas. La piel de vuestro rostro esta hecha de nieve tibia vagamente rosada; vuestra frente, tan pequeña como la de las diosas de mármol...

– Si – dijo ella – sé que no soy fea; reconozco que puedo ser objeto de las más amables metáforas; en una palabra, es cierto que tendría motivos para hacer feliz a un hombre honesto, incluso un poco exigente. Pero ¿de qué sirve poseer tantos encantos, si están estropeados, envilecidos, anulados por la peor de las fealdades? Muchos jóvenes me amaron como vos me amáis, me suplicaron como vos me suplicáis: por desgracia,

cuando debo revelarles mi triste vileza, todos huyen, llenos de cólera y de desprecio, ¡cómo vos mismo huiréis!

—¡Yo! ¡yo!...

Pera ella no lo dejó acabar; y volviendo la cabeza como alguien que se resignase a una muy penosa confesión, quitó el velo de tupido encaje con el que tenía cubierta la cabeza: ¡una cascada de cabellos negros cayeron sobre sus hombros! ¡Él emitió un grito de espanto! y de inmediato desapareció. La última morena, con sollozos y lágrimas, se lamentaba en el melancólico claro.

Ahora bien, oculto detrás de unas ramas, yo había escuchado el discurso de ese joven y esa muchacha. ¿Que hubieseis hecho en mi lugar? Desde luego, en estos tiempos, en los que tantas rubias compasivas deslumbran los ojos y los corazones, la idea de resignarse al amor de una morena tiene algo de absurdo y de horrorosamente doloroso; pero, por otra parte, ¿debía abandonar en la desesperación de su soledad a una persona que, en la conversación sorprendida, había dado pruebas de unos sentimientos completamente dignos de estima, y que, además, me parecía muy agradable? No vacilé, fui heroico, me dejé ver, me aproximé, le declaré con todos los juramentos al uso que la adoraba desde hacía inmemorables horas, que la adoraría hasta el fin de los días. Sí, le dije que la amaba, aunque fuese morena. Iba más allá: le juraba, con una generosa mentira, lo que espero me sea tenido en cuenta, ¡le juraba que la amaba porque era morena! En cuanto a expresar el agradecido éxtasis con el que se llenaron sus ojos, sus adorables ojos, ni siquiera voy a intentarlo. Ya nuestros labios se habían unido, y yo la abrazaba, blanca y fresca y completamente perfumada, como una flor de carne bajo la envoltura de sus pesados cabellos oscuros. Todos tenemos esas horas de magnanimidad en la que uno es capaz de los más sublimes sacrificios.

Después de esa velada, no he dejado de consolar a la última morena con las más meritorias hipocresías. Dotado de un valor que sólo mi modestia me impide admirar, me esforcé en hacerle creer, conseguí hacerle creer, que beso con delicia la gruesa peonía de su boca, y la nieve tibia de todos su cuerpo, y las pequeñas rosas eclosionadas de sus menudos senos, ¡e incluso sus maravillosos cabellos nocturnos! Pero, en fin, la devoción humana tiene sus límites; uno no puede mantenerse siempre heroico; más de una vez ya me he sentido presto a desfallecer en el cumplimiento de mi deber; y sin duda no me resignaría por más tiempo a la embriaguez de abrazar a la más bonita y a la más tierna de las vivas, si no alimentase la esperanza que un día, pronto, ¡ella se teñirá!

UNA DE LAS TRES FLORES

Lector, tú amante te engaña.

Observa que de entrada no he dicho: «¡Tu esposa te engaña!», porque, incluso en estas frívolas páginas, me gusta mantenerme respetuoso con el honor conyugal, y también porque no quiero suponerte lo bastante carente de sentido común ni abandonado por los dioses para haber cometido el torpe crimen de hacerte otorgar por la ley lo que no es precioso más que si el amor lo procura: el besar solamente labios libres; aquel que se casa despierta la idea de un hombre que fuese a pedir al Señor Alcalde permiso para coger una rosa. Por añadidura, alguien – creo que el gran Balzac – formuló el siguiente axioma: «No es en absoluto necesario tener esposa ni diario personal; siempre hay imbéciles que se encargan de tenerlos por usted».

Así pues, tu amante te engaña.

¡Te indignas! ¡Consideras que muestro una insólita impertinencia! «¿Y por qué razón mi amiga me habría de ser infiel? ¿Acaso no soy joven, guapo, elegante, simpático y rico? ¿Acaso no tiene ella, cada día, cuando pasea asida a mi brazo, la delicia de escuchar el envidioso cuchicheo de las demás mujeres? Ayer noche aún, después de muchas delicadas retóricas, le he demostrado en reiteradas ocasiones que mi apego a las frases literarias no me desviaban de mis deberes más importantes; ¿y no tenía ella alrededor del cuello, esta mañana, un collar de perlas y de zafiros que le regalé para agradecerle el tener los dientes tan blancos y los ojos tan azules? »

Lector, no tenías necesidad de decirme todo eso. Nunca he tenido intención de cuestionar sin duda a un Hylas, un Hércules, un Alcibiades y un Gorgias, con un poco más de modernidad. ¿Con qué derecho sino leerías tú ese periódico dónde escriben los buenos rimadores? ¿Con qué derecho te embriagarías de ambrosía si no fueses una especie de joven dios? Añadiría que yo mismo, por mediocre que me considere, habría evitado ofrecerte tantos cuentos, donde me esfuerzo en imitar a Amarou, Apuleyo y Théodore de Banville, si no te juzgase digno del amor de todas las mujeres, lo que implica la estima de todos los poetas.

No obstante tu amante te engaña.

Ella te adora puesto que mereces ser adorado; igualmente doy por hecho – de tal modo estoy dispuesto a las concesiones – que ella es, por naturaleza, tan virtuosa como enamorada, y que experimenta intolerables remordimientos cuando besa con los más

apasionados balbuceos unos labios que no son los tuyos; ¡ah! ¡Dios mío! sí, la pobre, ¡sufre de serte perjura! no sabrías hacerte una idea de las angustias con las que se acompaña en la traición, sobre todo cuando no puede impedir sentir placer. ¡Pero su crimen le resulta agradable cuanto más espantoso es! Una mártir, eso es lo que es cuando desfallece de embriaguez. Pero, en fin, ¡te engaña, te engaña y te engaña!

Por otra parte, no tienes porque lamentarle en exceso puesto que el mal de cada uno duele menos cuando es común a todos. ¡Tu infortunio, lector, es el nuestro! ¡Tú eres engañado como lo somos todos nosotros! y en este aspecto, todas las amantes son iguales a la tuya.

¡Pero no intentemos dejar de quererlas!

Si son infieles, –¡ah, cuanto les cuesta! – no es culpa suya.

No, la culpa es de la sultana Amalaïdè, que se paseaba un día, hace un poco menos de veinte mil años, por el jardín del mago Jeschadour.

La sultana, respirando el aire fresco, dijo al mago:

–Es verdad que a partir de ahora me siento dispuesta a no mostrarme tan cruel con vos, que tenéis el derecho de reprocharme el haberlo sido hasta el momento. Además como vos os mostráis, gracias a vuestro arte mágico, tan bello como el más bello de los jóvenes que se parecería a las más bella de las mujeres, – vuestra barba, deliciosamente frondosa y rubia, tiene algo de turbador, que, en vuestro mentón, no parece en su lugar, – además como sabéis pronunciar palabras que harían latir un corazón en un pecho de mármol, vos me habéis otorgado unos dones que no me dejarán indiferente. Es a vos a quien debo la posesión de una perla que, cuando le soplo, se convierte, según mi deseo, en una estrella que puedo ponerme en los cabellos, o en un palanquín sostenido por unos cisnes que vuelan hacia la Vía Láctea. Vos habéis creado para mí un ruiseñor invisible que, con palabras más melodiosas que todos los trinos, ¡canta eternamente las alabanzas de la rosa pálida que florece en el dedo gordo de mi pie izquierdo! Y, una vez, atravesando un campo de margaritas, cansada de tanta monótona blancura, yo había manifestado el deseo de ver otro color, un poco de rojo por ejemplo; vos tuvisteis la deferencia de hacer decapitar ante mi, en una sola mañana, un millón de jóvenes pajes y de sirvientas, de modo que toda la tierra, hasta donde se veía el horizonte, fue escarlata como un campo de peonías. Tales cortesías están bien hechas para tocar un alma delicada. Y yo os confieso que por fin no estáis alejado de la suprema dicha que vuestra pasión solicita. Pienso incluso que el día no se acabará sin que tengáis mucho que agradecerme, – si puedo satisfacer, gracias a vos, un capricho que todavía me ha asaltado.

–¡Eh!, Señora, – dijo Jeschadour,– ¿de qué no sería yo capaz para obtener las delicias que emanarán de vuestro vestido abierto como la miel discurre de una colmena rota? Decid vuestro deseo, sultana, y, sea cual sea, será cumplido.

Amalaïdè, tras un silencio, suspiró:

– Es verdad que las flores de este jardín, donde tomamos el fresco, son muy bellas y deliciosamente olorosas. Pero, por desgracia, son jazmines, tulipanes, jacintos; florecen idénticos cálices en casi todos los parterres; y si yo cojo esta rosa, otra mujer, que venga detrás de mi, podrá coger una rosa también. Quisiera que hicieseis brotar unas flores que ninguna otra mano que la mía pueda desprender del tallo, y que, una vez

recogidas, no vuelvan a florecer nunca más; unas flores que no vivirían más que un tiempo, ¡el tiempo de encantar mi mirada y de perfumar mis labios!

Jeschadour respondió:

– He aquí, Señora, un deseo que es bien fácil de ejecutar, y yo me esperaba, en mi gratitud ya de la recompensa que me ha sido prometida, una mayor terrible exigencia. Seguidme tras este matorral más alto que una muralla: veréis tres admirables flores que el ojo humano raramente ha contemplado, y vos elegiréis una de ellas, y aquella que vos toméis nunca más volverá a florecer sobre la tierra.

– ¡Cómo! ¿de las tres no podré coger más que una?

– Desgraciadamente, mi poder tiene sus límites.

– Sabré pues limitar mi deseo. Pero apresuraos a conducirme hacia esas maravillosas floraciones.

Cuando estuvo en presencia de las tres flores, la sultana Amalaïdè no pudo impedir declararse turbada, ¡en tanto que lo que veía era deslumbrador y soberbio!

Entre una agitación de hojas que parecían esmeraldas vivas, uno de los cálices, amplio, orgulloso, augusto, se abría como una eclosión de aurora que se parecía a una enorme rosa hecha de oro y de nieve.

– ¡Oh! ¿Cómo se llama esta flor? – preguntó la sultana.

Jeschadour respondió:

– Se llama Belleza, Señora.

Otro cáliz, una amapola, palpitante y moviéndose como si hubiese sido agitada por la tormenta, tenía el rojo de las puestas de sol en el horizonte que se abraza; y encantaba, asustaba, y, manteniéndose cerca de él, se experimentaba por todas partes la delicia horrible de una quemadura.

– ¡Oh! ¿Cómo se llama esta flor? – preguntó la sultana.

Jeschadour respondió:

– Se llama Amor, Señora.

El tercer cáliz era severo y pálido como una muchacha vestida con un vestido blanco. Tenía el aire tan puro, pero un poco melancólico, de un lis que estaría hecho de grandeza y de virtud.

– ¡Oh! ¿Cómo se llama esta flor? – preguntó la sultana.

Jeschadour respondió:

– Se llama Fidelidad, Señora.

Entonces, Amalaïdè pensó; luego, soñadora todavía, dijo:

– ¿Así que tengo que elegir una de entre estas tres flores?

– Sí, sultana, – dijo el mago.

– ¿Y si elijo la rosa de oro y de nieve?---

– ¡Jamás volverá a florecer!

– ¿Queréis decir que ya no habrá más belleza sobre la tierra?

– En efecto, ya no habrá más.

– ¡Cómo! ¿Incluso yo sería fea?

– ¡Vos misma lo seríais! pero no por ello os amaría menos.

– Es una experiencia que no quiero tener; dejaré pues esta flor sobre su tallo.

Se aproximó al segundo cáliz:

– ¿Y si cojo esta amapola? – preguntó.

– ¡Jamás volverá a florecer!

– ¿Queréis decir que ya no habrá más amor en este mundo?

– ¡Yo mismo ya no os amaría! Pero vos no dejaríais de ser bella.

– ¡Bueno! ¿Qué placer habría en ser bella para unos ojos que no sabrían apreciarlo?

He aquí una flor de la que me cuidaré mucho de tocar.

Se inclinó hacia el tercer cáliz.

– ¿Y si cojo este lis? – preguntó.

– ¡Jamás volverá a florecer!

– ¿Queréis decir que ya no habrá más fidelidad en este mundo, que ninguna dama, a partir de ahora, no amará con constancia a su amante o a su esposo?

– ¡Vos misma traicionaréis los juramentos proferidos! Pero no seréis menos bella ni menos adorada.

Tras una reflexión, la sultana Amalaïdè, dijo con una risita:

– ¡Eh! ¡eh! pienso que entre varios males hay que elegir el menor; y, puesto que mi capricho me insta a coger una de estas tres flores...

Cogió el lis tan puro, un poco melancólico, ¡el lis que estaba hecho de candor y de virtud! Jeschadour, al principio, aprobó la elección; pues el sultán, desde esa misma noche, fue engañado tanto como es posible serlo; pero el hechicero mostró menos satisfacción cuando, pasados tres días, Amalaïdè, siempre bella y siempre adorada, abandonó sus palacios y sus jardines, y al mago también, para seguir por las grandes rutas a un joven mendigo, vestido de andrajos y sol, que le había enviado al pasar, con un gesto de sus labios, un beso.

LA UTILIDAD DEL SOL

¡Ya ha llegado el tiempo de los adorables desnudos! El calor de las soleadas jornadas y la calidez de las noches vienen en ayuda de la concupiscencia de los amantes; ¡debemos al verano, no menos que nuestros temerarios ardores de sedas levantadas y batistas desgarradas, la deliciosa visión de la belleza sin velos! Quien de nosotros, incluso en ese divino instante donde la más casta de las amantes confiesa el deseo de compartir, no ha tenido que luchar contra las resistencias de unas manitas asustadas que tratan de evitar el levantamiento de las telas, o no ha escuchado en la habitación invernal, esta absurda frase : «¡Oh! no, no, te lo ruego, ¡tengo tanto frío!» Sí, desde luego, absurda; pues los leños ardían en la chimenea, y las velas se fundían, en pálidas lágrimas, en los candelabros. Pero, ¡no importa! entre la atmósfera caldeada y pesada de perfumes, en la intimidad sobrecalentada del salón o de la alcoba, nuestras amigas declaran que tiritan horrorosamente, y que morirán congeladas si las obligamos a no tener puesta alguna prenda de encajes o de algodón; de modo que nuestras delicias resultan imperfectas, de modo que no nos es dado a contemplar, en su libre y total esplendor, los encantos de los que tan ávidos estamos, y ¡nuestros ojos, por desgracia, estarán celosos de nuestros labios! ¿Y por qué las más bonitas de las mujeres son hasta tal punto tan crueles? ¿A causa del invierno? Pretexto, lo he dicho, vana excusa en la que no vale la pena detenerse. Hay que descartar también la idea de que duden en dejarse ver enteras bajo el temor de que alguna imperfección en su persona no fuera a desalentar nuestro deseo; la mujer que es amada sabe perfectamente que no sabría aparecer más que exquisita a las miradas de aquél que la ama, que incluso una fealdad sería una belleza a añadir, y todos los hombres verdaderamente prendados son parecidos, ella no lo ignora, a ese amante que exclamaba con sollozos de embriaguez: «Lo que me vuelve loco de alegría, es que mi amiga tiene el pecho blando como una fruta madura, ¡y que sus pies son enormes!» ¿Por qué entonces nuestras enamoradas admiten la nieve sobre el pavimento o el gélido viento nocturno para negarnos en los apartamentos cálidos, el éxtasis de poseerlas desnudas? Tal es la importante pregunta que me planteo y a la cual quiero intentar responder.

Sí, ¿por qué? ¿Por pudor? Tal vez.

Razonemos.

Debo manifestar en primer lugar que creo decididamente en el pudor de las mujeres. Desde luego casi todas tienen ese instinto celoso de permanecer misteriosas y escondidas. La brutalidad de la luz sobre sus sagradas carnes les supone una insoportable ofensa; tienen el anhelo de ser apenas visibles; les gusta mantenerse lejanas, casi ignoradas, intuitas solamente; mostrarse sin reservas es una realización humana repugnante a su divinidad; dejándose desnudar, deben experimentar el pánico de un ídolo al que extraen del tabernáculo. Si se les preguntase a las flores, ávidas incluso de abrirse: «¿Dónde os gustaría eclosionar?» estoy persuadido de que responderían: «¡Oh! ¡nos resultaría muy placentero abrir nuestros cálices lejos del pleno día, lejos de las rudas clarivisiones del sol, bajo el misterio de las ramas entrelazadas y de las hojas que oscurecen!» y la modestia debe ser común a las mujeres y a las flores, al igual que la belleza y el delicado olor. Sí, estáis llenas de pudor, vos que estáis llenas de gracia y fragilidad; el rechazo de las sensibles no hace más que seguir el ejemplo de vuestro instintivo alejamiento; ¡es de buena fe como envidiáis la virginidad de las nieves intactas y de los lis florecientes en las islas desiertas!

Pero en algunos momentos, vuestra continencia se inclina, no lo podréis negar, a concesiones que una moral austera no dejaría de juzgar excesivas. A veces lográis parecer personas que no tienen pudor del todo, aunque estéis tan extraordinariamente provistas de él. Por muda que sea nuestra discreción, no podemos negar que, en más de una ocasión, nos vimos obligados a admirar en vos francos abandonos que no tienen absolutamente nada en común con la solemnidad de un dios que no quisiera salir de su tabernáculo ni con la modestia de las flores a quién complacería una floración solitaria. Frecuentemente, humanizadas por nuestro fervor, os dignáis a mostrarnos mujeres, ¡oh, diosas! y, en fin, es difícil de admitir que vuestra pudibundez, tan a menudo resignada a padecer los dulces ultrajes, e incluso a provocarlos, nos niegue el extático espectáculo de vuestro pecho y vuestras caderas tan al natural como flores de lis desnudas.

¡Vamos, hay que atreverse a decirlo! Lo que hace obstinarse a nuestras enamoradas en la negativa de mostrar su belleza completamente al descubierto, lo que hace que, en la tempestad de sus deseos, se aferren, como si fuesen náufragos, a vanos restos de tela o de muselina, lo que no es más que una modestia que se desmintió en más de una ocasión, es la convicción de que la desnudez completa no sirve para sobreexcitar hasta un paroxismo sin fin la ternura del amante, sino que esta ternura, muy al contrario, se vuelve capaz de los más tiernos transportes mediante el hábil misterio de un velo, a la vez indiscreto y discreto, que no oculte casi nada, pero que no muestre todo. Ellas piensan, basándose en alguna libertina disertación o en un libro de amor escrito en un día de lasitud (pues la literatura, en este aspecto, como en muchos otros, ¡es la gran culpable!) piensan que un poco de reticencia constituye una excitación exquisita a los mayores desenfrenos; que conviene a las estatuas destinadas a la adoración, no a las mujeres deseosas de ser amadas, de manifestarse sin nombre, sin hipocresía; llegan hasta a creer que la gloriosa brutalidad de la forma desnuda tendría de que asustar la delicadeza tan refinada y un poco raquíca de la pasión moderna. ¡Somos personas civilizadas! Hemos hecho del amor un arte, y lo natural de las cosas nada tiene de chocante para nuestras complicadas almas. Lo que es perfecto, lo que es adecuado para despertar la voluptuosidad, esta gata adormilada, es el delicioso cosquilleo del casi todo pronto retractado, el no del todo en el abandono, el a medias del

consentimiento en una sutilidad de deseos dueños de si mismos. ¡Toda la desnudez exigiría un solo beso! y nosotros hemos inventado más de mil. No hay estrategias más adorables ni más deliciosos artificios que la transparencia de un encaje sobre la convexidad de un seno donde florece una rosa maquillada, o como el sobresalto bajo una camisa de seda de un pecho donde el corazón piensa tal vez en otra cosa, o como la sombra de una puntilla cayendo como un velo transparente sobre la boca del beso supremo.

Sí, eso es lo que nuestras amigas creen.

Ahora bien, están equivocadas. Muy diferentes, nosotros, los auténticos amantes, o los demasiado sutiles enamorados que se vanagloriarán de culpables poemas, no tememos afrontar, en nuestra franca codicia, en nuestra enorme excitación, toda la belleza femenina. ¡Ofreceos Galateas! somos Pigmaliones serios; ¡salid de las olas, Afroditas! os abrazaremos sin temor lo que reste de infinito en las ondulaciones de vuestras cabelleras y en la luz de vuestra carne.

Pero no, nuestras amantes permanecerán convencidas del efecto de una camisa que apenas cubre, de una media negra puesta, de una liga que muerde con un rosario de perlas la carne gruesa de la pierna; ellas no quieren considerarnos como personajes sencillos, iguales a nuestros heroicos deberes; y, en la caritativa intención de multiplicar nuestros placeres y los suyos, ocultan a nuestros entusiasmos – pretextando las noches invernales – el encanto de sus cuerpos sagrados parecidos a aquellos de las diosas que engalanaron los peristilos del templo de Éfeso: ellas se apartan, se esconden, se obstinan poco a poco, en el no todo a la vez; y, mientras reine la sombría estación fría, nosotros no habremos besado más que unas nieves vacilantes en la confesión de su blancura.

Pero hete aquí que el sol ha llegado, furioso y triunfal, – ¡quitándoles todo pretexto a frustrar nuestras ávidas miradas! y puesto que ellas no se atreverán nunca, – siendo tan tímidas– a confesar la autentica causa de su criminal pudor, será necesario que se resignen a todas las batistas convertidas en nubes que sacude un gran viento caluroso de tormenta; será necesario que parezcan divinas. ¡Oh, sol, buen sol, te amo y te bendigo, no porque hagas eclosionar todas los matorrales de las rosas, no porque dores con una llama brillante los ríos que discurren entre los sauces perezosos, no incluso a cusa de todo el espacio maravilloso y flamígero; sino porque, gracias a ti, que penetras, a través de todas las cortinas, en las más frescas alcobas, y gracias a las lánguidas noches que siguen tus lánguidas puestas, las jóvenes mujeres por fin deberán consentir en despojarse, desde los primeros besos, de todos los vanos obstáculos a nuestros perfectos goces; y por fin habrá, en las queridas camas, maravillosos desnudos pálidos y rosas semejantes a aquellas que, en los claros, abrazan, bajo tus furiosos rayos, a los sátiros violadores de ninfas.

LA MOSCA

Sonriente todavía, con los cabellos despeinados bajo su sombrero evidentemente puesto apresuradamente, la Señora Lise de Belvélice, bonita, menuda y frágil, con su traje de abigarrado colorido y el aspecto de una figurita de porcelana de Sèvres un poco grande, entró en el salón de su amiga, dio una vuelta por la habitación, aplaudiendo, saltando a la pata coja como alguna colegiala que viene de cometer una alegre chiquillada; y, mientras la baronesa de Linège, totalmente sorprendida, la miraba, dijo:

– ¡Qué felicidad! ¡hi!, ¡hi! ¡Ah! sí, mi marido se ha salvado por los pelos, y se puede decir que ha necesitado bien poco... Pero, aquí estoy, ¡estoy salvada! ¡hi! ¡hi! ¡qué alegría! ¡Ah! Dios mío, que divertido!

– ¿Es que os habéis vuelto un poco loca? – preguntó la baronesa.

– Al contrario, sabia. Tan sabia como es posible. Cuando vos sepáis el asunto, os regocijareis conmigo, pues se el cariñoso interés que tenéis en todo lo que a mi respecta.

– Explicaos pues, querida.

La Señora de Belvélice, finalmente se dejó caer en un sillón.

– ¡Es toda una historia! Pero, antes, decidme una cosa, querida; ¿qué pensáis de las moscas?

– ¿De las moscas?

– Sí, de las moscas, de esos pequeños bichos negros que vuelan y que se posan moviendo sus finas patas.

– No pienso nada.

– ¿Ha oído usted decir que el diablo es el señor de las moscas? (mi marido, que es muy culto, pretende incluso que es por eso que se le llama Belzebú), y que las moscas son una especie de pequeños Satanás convertidos en insectos; parece que un monje – ¿era Lutero?, sí, creo que era él, – tan pronto como veía una, no dejaba de aplastarla, creyendo matar al mismísimo demonio.

– ¿Y qué?

– Pues bien, querida, ese Lutero no entendía nada de nada. ¡Las moscas no son diablos! Nada más lejos de la realidad; son ángeles, incluso ángeles guardianes; y, tal como me veis, en este momento yo estaría entre sábanas, ¡ah!, sí, entre buenas sábanas de tela muy fina, adornadas de encajes, ¡con una corona bordada en rojo si no hubiese moscas en el mundo!

Y se reía cada vez más bella.

Finamente, más tranquila, Lise de Belvélice continuó:

– No tengo nada que ocultaros, y esta es toda la aventura. Al principio, debo confesaros que, desde hace a algún tiempo, experimentaba por Valentin, –¿Valentin, vos sabéis? no tengo necesidad de decir el otro nombre – unos sentimientos que no se parecían en nada a la indiferencia. ¡Por desgracia, eso que forma parte de nosotras! Después de la traición sin par con la que el Señor de Marciac me había tan cruelmente ultrajado, me hice la promesa de defender mi corazón contra las más seductoras tentaciones y de ser a partir de ese momento la más decente y austera de las esposas. ¡Sí, me juré ser irreprochable! y mantuve durante tres meses mi juramento.

–¿Más de tres meses? ¡Rayos!

– ¡Tres meses y siete días! Pero ¿qué pueden contra el destino las más firmes resoluciones? El azar quiso que en una cena, después del cotillón, en casa de la Sra. de Portalègre, Valentin se sentase a mi lado. ¿No me apliqué lo suficiente esa noche defendiendo desde los primeros madrigales cualquier esperanza? Lo que sí es seguro es que, al día siguiente, me hizo una visita; y volvió todos los días; y, habiendo transcurridos dos semanas, no pude impedir reconocer que yo también estaba prendada locamente de la tierna ensoñación que poseen sus ojos marrones, y sus frescos dientes, menudos como dientes de mujer, que brillan bajo los rizos de su fino bigote. De modo que, ayer, en mi salón, ante las lámparas encendidas, cuando me suplico que fuese a verlo al día siguiente a su apartamento de soltero, ¡experimenté todas las penas del mundo en no decir sí más que en voz baja! ¡Por poco casi lo grito!

– ¡Pero eso está muy mal!

– ¿A quién se lo contáis? ¿Acaso creéis que no me dirigido los más severos reproches? Pasé una noche horrorosa, llena de dudas. ¡Ah! Dios, ¡cuánto he combatido! « ¡No! ¡Tú no irás! ¡Eres virtuosa! ¡Eres fuerte! ¡No irás!» ¡Vanos esfuerzos! Esta mañana, a la hora convenida, descendí de un coche, muy tapada, delante de una casa desconocida; subí por una escalera, me detuve ante una puerta que se abrió muy rápido...

–¡Ah! ¡Mi pobre amiga! ¡Estáis perdida!

–Lo habría estado sin la mosca!

–¿Sin la mosca?

–Sí; no me interrumpáis más.

Ella continuó hablando con su bonita sonrisa en los labios:

– ¡Oh!, querida, Valentin es un hombre al que no le gusta perder el tiempo. Apenas hube dado el primer paso dentro del apartamento, me tomó en sus brazos, me levantó, me transportó y me encontré sentada en un diván con él a mis rodillas, en una habitación muy agradablemente perfumada donde, a pesar de mi turbación, no pude impedir notar, enrojeciendo, que allí había, hacia un rincón un poco sombrío bajo muchas cortinas, algo que se parecía a...

– ¿A qué?

– A...

– ¿A una cama, tal vez?

– ¡Lo habéis adivinado, querida! Yo enrojecía cada vez más, y mi turbación no cesaba de aumentar. Pues él me decía palabras con intención de encantarme y

debilitarme: «¡Qué yo era la más bella entre las bellas! ¡Qué me amaba con frenesí! ¡Qué siempre me amaría! ¡Qué se mataría si yo no consentía en ser dulce con él! » Y yo, con el corazón latiendo a mil, un escalofrío por toda la piel, no tenía el valor de rechazarlo con mis manos, que él besaba, que besaba todavía con apasionados balbuceos. Ciertamente ya me había ganado, cuando...

– ¿Cuándo?

– Cuando... ¡Ah! querida, imaginaos... mientras sus labios me quemaban los dedos, una mosca, un pequeña mosca, muy viva, con aire divertido, se posó sobre la nariz de Valentin, iba, venía, se detenía, frotaba sus patas una contra la otra, entraba en la nariz, salía, volvía a entrar. ¡Comencé a reír a carcajadas! Pero Valentin, con un movimiento de cabeza, se desprendió del bicho; y me abrazó con tanto ardor y tanta fuerza que sentí mi boca muy cerca de su boca. ¡La idea de resistirme era en aquel momento la que más alejada estaba de mi mente! Sí, quería sus labios como él quería los míos, sus jóvenes dientes, menudos como dientes de mujer, brillaban, tan frescos, y nos hubiésemos dado pronto un beso, veinte besos, cien besos... pero la mosca vino a posarse sobre el extremo del moreno bigote, entre nuestros alientos ya mezclados; ¡y no pude contenerme! ¡Reventé de risa! Valentin, para espantar al insoportable bicho, se golpeó la mejilla con la mano: éste desapareció; pero yo continuaba riendo y él me miraba con un aspecto muy confundido.

– Tanto que – dijo la Sra. de Linège – no insistió en obtener de vos lo que vuestra debilidad le había permitido esperar; y vos misma, lograsteis tomar de nuevo posesión de vuestro espíritu gracias a este intermedio cómico...

– ¡Ah! ¡Qué poco conocéis a Valentin! Entérese de lo que aconteció, se lo ruego.

La Sra. de Belvélice prosiguió:

– Cuando mi ataque de risa se apaciguó un poco, él consideró, sin duda ante el temor de algún otro infortunio, que no había ni un minuto más que perder, ¡que era necesario apurar las cosas! Y las apuré del modo más extraordinario. Creo que solo las personas, que han visto por los aires a un feroz gavilán desplumar en un abrir y cerrar de ojos una blanca tórtola, podrían hacerse una idea de la rapidez verdaderamente inconcebible con la que, a pesar de mis más sinceras resistencias, volaron, se esparcieron, se desvanecieron todas las sedas, todas las batistas, todos los velos con los que mi pudor se había envuelto tan prudentemente. ¡Ah!, querida, conocí el horror completamente insoportable de parecerme, eso sí, un poco más rosada, a las estatuas menos provistas de trapos, y no tuve otro recurso que el de huir, de ocultarme, hacia el rincón casi sombrío de la habitación, detrás de las cortinas...

– Sí, cerca de la...

– Por desgracia, yo estaba tan turbada. Pero él, Valentin, él se aproximaba, terrible y soberbio, parecido a un joven dios.

– ¿Cómo? ¿Parecido a un joven dios? Queréis decir con ello que el gavilán, tras haber desplumado a la tórtola, se estaba él mismo...

– ¡Parecido, os digo, a los inmortales jóvenes de los museos! y no podía impedir, aun dispuesta a morir de vergüenza, admirar su violenta gracia y su delicada fuerza. ¡A fe mía, tanto peor! Esta vez estaba perdida, ¿no es así? completamente perdida, nada podía salvarme. Tome partido, y, tras haber pedido perdón mentalmente al Sr. de Belvélice por el lamentable accidente que no me correspondía ya ahorrarme, me abandoné completamente a la esperanza de una alegría cuyo dulce recuerdo debería atenuar mis remordimientos del día siguiente. Me invadía una dulzura, una languidez,

mientras Valentin avanzaba, encantador y magnífico, dispuesto a las más heroicas hazañas; y, desfalleciente, como deslumbrada, bajé los ojos, y... y entonces... ¡hi! ¡hi!... bruscamente... ¡hi! ¡hi! ¡Me retorcí de risa! y reía, reía, no dejaba de reír! porque la mosca... iba, venía, subía, bajaba... y era tan divertido que reía hasta llorar en todas las cortinas agitadas!

—¡Ah! ¡Pobre muchacho!

—Él comprendió que su ternura no triunfaría sobre mi hilaridad! Mientras me observaba con el aspecto más penoso posible, yo recogía, me ponía, abrochaba todas las telas, como se volvería a emplumar una tórtola; y marché, salvada, dando gracias a las moscas!

EL MÁS BELLO RECUERDO

Apenas introducidos en la luminosa sala con las paredes de porfiria rosa incrustada de amatistas, los tres jóvenes príncipes, casi unos niños todavía (pues Aymon, el mayor, tenía diecisiete años, Colomban dieciséis y Roselin quince) dijeron, hablando al unísono, al buen Hechicero sentado en un trono de jade con los pies en las crines de un dragón familiar:

–¡Ilustre Mago!, que mediante tantos prodigios y generosas acciones habéis adquirido una fama sin parangón en todos los países del mundo, sabed que somos los hijos de un rey a los que nos gustaría ser poetas.

El buen Hechicero, con su hermosa barba color rosa claro, prorrumpió en carcajadas.

–¿Nada más que eso? – dijo. – ¿Poetas? ¿Queréis ser poetas? Es decir que, simples herederos de un monarca, ¿pretendéis asemejaros a los dioses triunfantes? Ser poeta, muchachos, consiste en no ignorar nada, no tener nada que desear, puesto que se posee todo, y encontrar sin embargo el deseo en la posesión de las delicias nunca acabadas. Aquél a quien fue concedido el don de la poesía vive en el eterno encantamiento de los ritmos que lo mecen, pisa alfombras de púrpura y flores y tiene la mente en las estrellas. Los pájaros lo aman, las rosas lo aman, ¡las mujeres mueren de amor por él! ¿Deseáis ser poetas? ¡Ya lo creo! No os disgustéis. ¿Sabéis que, precisamente sorprendido por vuestra arrogancia, debería ponerlos en la puerta de mi palacio por esos negros gigantes, vestidos de satén rojo, que son mis servidores? ¡Pero que le vamos a hacer! Recuerdo haber visto, hace ya mucho tiempo, a la joven archiduquesa, destinada a convertirse en vuestra madre, coger unas amapolas en un campo de trigales dorados; y tenía la más bonita gracia del mundo recogiendo esas flores; además, me habéis sido recomendados por un ruiñón amigo mío que acostumbra a cantar, por las tardes, en un gran tulipán florido, enfrente de la ventana a donde venís a soñar. Quiero pues hacer algo por vosotros. Uno de los tres será poeta, ¡acepto! ¡lo ordeno! y creo, pequeños príncipes, que me lo agradeceréis de rodillas.

Ellos cayeron de rodillas, con el aspecto de la más sincera gratitud; pero, en el fondo de sus corazones, no estaban tan satisfechos como aparentaban.

–¡Uno de nosotros! ¿Cuál, ilustre Mago?

El Hechicero respondió:

–¡Aquél que de entre vosotros se muestre el menos indigno de la gloria a la que aspiráis! Escuchadme bien. Durante un año iréis a recorrer el mundo, pero no juntos. Observaréis a los seres y a las cosas; luego regresaréis a mi palacio de porfiria rosa incrustada de amatistas, y aquél de los tres que traiga el más bello recuerdo ¡le concederé el don de la poesía!

Transcurrido el año, los tres príncipes regresaron a la residencia del ilustre Mago cuya barba tenía el color de las rosas blancas.

Se inclinaron con respeto, pues habían sido muy bien educados en la corte de su padre, y sabían como debían comportarse con los hechiceros.

Él les preguntó:

–¡Y bien! pequeños príncipes, ¿que habéis encontrado en vuestros viajes? ¿Qué cosa os ha parecido, entre todas, más digna de admiración? Habla ante tus hermanos, tú, Aymon, ya que eres el mayor.

– Lo que he visto más sublime – exclamó Aymon, con la mirada deslumbrante de glorias, fue ¡una batalla, al caer el sol, en una amplia llanura! Las armaduras, chocando, sonaban y resplandecían. Unos estandarte, como enormes y terribles pájaros, destacaban sobre el tumulto con movimientos de alas desgarradas. Los gritos de victoria, en su torbellino, arrastraban los estertores de la derrota. Y las espadas se estremecían en el aire, luminosas y tupidas, como un millón de tallos florecidos con luminosidades de acero. Y, mientras los vencidos huían hacia el horizonte, sangrientos y gritando, apareció, sobre un caballo blanco, en la cima de la colina, en el arroyo de oro y de los púrpuras celestiales, el joven general vencedor, ¡con su penacho ondeando al viento!

El buen Hechicero dijo:

–En verdad que es un magnífico espectáculo, cuando el tiempo es bueno, ver matarse entre sí a unos héroes con brillantes armaduras. No te ocultó, Aymon, que tienes alguna oportunidad de obtener el don de la poesía.

Pero, volviéndose hacia Colomban, dijo:

– ¿Y tú? ¿Qué has visto tú? – preguntó el Mago

He visto muchas cosas que no me han merecido el interés deslumbrante que otros hombres les condecían. Los parques reales donde tantas bellas princesas se pasean, dejando arrastrar sus vestidos de satén, entre la suntuosidad de los pavos reales; las cortesanas que se divierten, mientras se les habla de amor, el ruido que hacen los rubíes cayendo uno a uno en una copa hecha de una sola perla; el poder de los reyes, la opulencia de los avaros, los lujos, los triunfos, las glorias, ¿qué es eso? Verdaderamente, ya había perdido toda esperanza de encontrar algo cuyo recuerdo mereciese vivir en mí, cuando entré en una ciudad donde la peste hacía grandes estragos. Me invadió la piedad viendo tantos moribundos y tantos cadáveres en las calles, en los umbrales de las puertas, por todas partes; el contagio rondaba en el aire como un mal viento, y me disponía a salir de esa lúgubre ciudad cuando vi a unas mujeres que iban de enfermo en enfermo, ofreciendo remedios, ofreciendo consuelo. ¡No tenían miedo de contraer el horrible mal! Para que esos miserables sufriesen menos, estuviesen menos abandonados, ¡ellas desafiaban el asco, los peligros, la probable muerte! Y me sentí lleno de una ferviente adoración por esas mujeres misericordiosas; y comprendí que no vería nada más hermoso sobre la tierra.

El buen Hechicero dijo:

– Es cierto que es un noble espectáculo el que nos proporciona la abnegación de la caridad. No te oculto, Colomban, que tienes, como tu hermano mayor, alguna oportunidad de obtener el don de la poesía.

Pero Roselin, el más joven de los tres hijos del rey, fresco y frágil como una flor de largo tallo, todavía no había hablado.

Interrogado, respondió:

– No me han llamado la atención las grandes batallas en las llanuras, bajo el sol poniente, ni las caritativas personas que cuidan a los moribundos en las ciudades donde las peste hace grandes estragos. Pues, el día de nuestra partida, desde los primeros pasos, vi algo después de lo que ya no supe ver nada más; y, desde luego, no seré yo quién obtenga el premio.

–El Mago preguntó:

–¿Qué viste entonces, pequeño?

–Fue lo siguiente – dijo Roselin – Cuando entraba en las afueras de una pequeña ciudad, había allí en una ventana una joven muchacha que lloraba. Me acerqué. Sí, lloraba. Sus ojos, color cielo, se parecían a unas perlas húmedas por la lluvia. Creo que era muy hermosa. Pero mirando a sus ojos, sus ojos llorosos, le dije: «¡Oh! Señorita, ¿cuál es la causa de vuestra pena? – La causa de mi pena, me respondió, es que mi novio, el único ser viviente al que quiero, me ha dejado en mi casa para ir detrás, a la aventura, de una bohemia que pasaba. » Y ella sollozaba en sus temblorosas manos pálidas. Entonces yo lloré también, y, luego, en mis viajes, no he visto nada más, de tal modo mis ojos estaban deliciosamente velados por las lágrimas.

El buen Hechicero exclamó, acariciándose su barba blanca:

–¡El poeta serás tú, hijo mío! pues nada es tan noble ni tan sagrado como el dolor de las vírgenes enamoradas, y ¡eres tú quién ha contado el más bello recuerdo! Sí, te concederé el don de los ritmos y de las rimas sonoras; pero, tú que sollozas con las jóvenes muchachas llorosas, debes saber, muchacho, ¡que ya eras poeta!

EL BUEN ALMANAQUE

I

Cuando pensaba en el poema que, aunque solamente soñado, apenas me encantaba y no me gustaría del todo cuando lo hubiese escrito, el cartero entró en mi habitación y, tras los saludos de rigor, me entregó el calendario del año próximo. Le di los aguinaldos acostumbrados, y, una vez que el hombre se fue, después de los agradecimientos al uso, eché un vistazo al pequeño cuadrado de cartón con letras rojas y letras negras, bordeadas en papel dorado. Lamentablemente ¡qué poco difiere del almanaque anterior, este nuevo almanaque! Santos y más santos (¡que nunca celebramos!) fechas, días, fiestas, y fases de la una. En la duración, – duración de ayer o la de mañana, – nada cambia, o todo no cambia demasiado; el tiempo se parece al tiempo. Me puse a pensar que los acontecimientos de los doce meses venideros serán más o menos parecidos también a los sucesos de los doce meses pasados. Siempre el mismo retorno a las vanas esperanzas, a las falsas alegrías, a las verdaderas decepciones, siempre el banal volver a comenzar a vivir; y no vale realmente la pena aspirar y expirar el aire. Yo apoyaba mi mano en el trozo de cartón helado, donde nada deseable me era prometido; en la melancolía de una función tantas veces cumplida ya, y comenzaba a escribir el poema nuevo que no sería mejor que mis versos de antaño; y cuando, a veces, levantaba la cabeza hacia el espejo, veía en mis ojos esa mirada seca que es más triste que las lágrimas.

II

Pero, en los frescos rayos de sol invernal, que atraveses los abalorios del estor japonés y tiñéndose de mil colores, una forma ligera, un poco blanca, un poco rosa, un poco azul, un poco dorada también, se esbozó, se animó, creció, era una pequeña mujercita estremecida y de pie sobre un chorro de claridad, toda de etérea y de luz, ¡que tenía algo de bailarina y de libélula! Habría sido necesario no haberse dormido nunca en el eterno bosque de Brocéliande, para no adivinar que era una hada; y tenía bajo los párpados todo el azul claro de las primeras esperanzas; y la rosa de su sonrisa estaba hecha de todas las gavanzas de la juventud.

– Hola, hada Ilusión! – le dije.

–¡Eh! compañero, ¡no eres tan viejo como se podría creer, puesto que todavía me reconoces! – dijo ella sacudiendo sus cabellos, de donde se esparcieron sobre el suelo de madera muchas estrellitas blancas que parecían margaritas de nieve; estrellas o margaritas que se apagarían o se fundirían rápido.

Ella dio un salto hacia la hoja donde yo escribía, y, posándose con su dedo del pie, tan ligero que no emborronó siquiera la tinta de la última rima, dijo con una risilla balbuciente como un nido de pájaros bengalis :

– ¡Qué bien has hecho en rechazar el calendario que el cartero de dio a cambio de alguna moneda! ¿Es que eso existe, todo eso es cierto? Habrías sido un tonto haberte preocupado de los meses, de las semanas, de los días. Tú eres, gracias a mis consejos, alguien que no tiene reloj de péndulo sobre su chimenea, ¡por miedo a saber la hora que es! Yo, yo te traído el único almanaque que vale tus desvelos, el adorable almanaque que complace al sueño de las jóvenes mujeres y los poetas. ¡Vamos, toma, compañero, mira!

Lo que me mostraba, era una hoja de rosal, que debía estar marchita, puesto que estamos en invierno, pero que parecía verde ya que me era entregada por el hada Ilusión. Y, sobre esa hoja, entre los nervios, no había nombres de santos o santas, ni lunes, ni martes, ni fiestas, ni las fases de la luna; pero se leían estas palabras, que poco a poco fueron trazadas por las patas de una cochinilla mojadas en una gota de rocío, estas adorables palabras: ¡Inocencias, ternuras, primeras citas, confesiones, marchas, regresos, besos en los ojos, besos en los labios, amores fieles, felices himeneos, risas de encanto y lágrimas de delicia! y otras palabras más delicadas todavía.

Pero yo sacudí la cabeza, y dije:

– No más que el calendario real quiero yo vuestro almanaque, ¡exquisita y cruel hada! Conozco, – desde hace tiempo, por desgracia, las mentiras de vuestras alegrías y la amargura de vuestras dulzuras. Id, id a engañar a algún joven corazón que no haya sido decepcionado todavía; y no lo envidio demasiado, pues conozco las maravillas por las cuales lo haréis mas sensible a la desesperación.

El hada ya no estaba allí; una nube había pasado por el cielo invernal, detrás del estor japonés con los abalorios ya apagados.

LOS TRES SUEÑOS

I

Durmiendo, él sonreía.

Ella lo despertó enseguida, con un aliento tan perfumado que él creyó que le abanicaban los labios con una mata de primaveras.

– ¡Oh! ¡Qué culpable soy! – exclamó él. – ¿Me perdonaréis alguna vez el crimen de haberme dormido en la adorable cama en la que, los velos desaparecidos, se revela la maravilla de vuestra desnudez de nieve rosada? Los ojos que se cerraron merecerían ser arrancados o rotos, pero no por vuestras queridas uñas, – pues esos exquisitos instrumentos de suplicio añadirían demasiada dulzura al castigo, – cuando, permaneciendo abiertos, tenían tantas razones de las cuales la menos deliciosa de todas exigiría eternas atenciones.

Pero muy conciliadora, ella replicó:

– ¡Bueno! ¡bueno! no os disculpéis. Dormid, – no demasiado – tenéis permiso después de las tiernas tareas a las que me negué a demostraros algún reconocimiento mediante suspiros; y el cansancio de los héroes no deja de ser glorioso. Si yo os he despertado no es para haceros oír reproches; es para preguntaros cual es el motivo de la sonrisa que teníais en los labios durmiendo.

– ¡Eh! ¡Soñaba con vos, querida!

– ¡Eso es evidente! Sería el colmo imaginar que otra que no fuese yo ocupase vuestra mente incluso dormido; vuestros sueños tendrían mal gusto. Pero, aún así, ese sueño que os encantaba, ¿cuál era, y de qué recuerdo o de qué esperanza estaba hecho su dulzura?

– ¡Me acordaba – dijo él – de la hora, entre todas paradisiaca, en la que por primera vez la eclosión un poco húmeda de vuestra boca tan cercana me confesó el deseo del beso; era en vuestro salón, después de las visitas pesadas, antes de encender las lámparas, entre la cómplice sombra de la noche que comenzaba poco a poco; y, cuando perdiendo el aliento debí, para no desfallecer, apartar apenas mis labios de vuestros labios, me pareció que había bebido vino rosado y comido rosas!

– Uno podría tener pensamientos más penosos – dijo ella.

II

Durmiendo, él reía. Sí, verdaderamente, con los ojos cerrados sobre la almohada, se tronchaba de risa.

Ella lo despertó, enseguida, con una caricia más ligera que el ala de una tórtola casi no posada y que revolotea...

–¡Oh! – exclamó él – ¡Los infernales pensamientos de los Torquemadas serían incluso impotentes para inventar una tortura igual a la nueva ofensa de la que me siento culpable! ¡Que, salido de las tinieblas del sueño y sumido en las delicias misericordiosas de vuestra alcoba, semejante al Adán de un paraíso reconquistado, mis ojos, por segunda vez, se han cerrado, y mi boca, desviada del beso, se entreabrió quizás para un ronquido!

Ella era tan benévola que respondió:

– ¡Ah! ¡que presto estáis a calumniaros, amor mío! Algunos minutos despierto os habían bastado para adquirir de nuevo los más serios derechos a un reposo en el que mi ternura continuaba junto con mi estima; y, si os he arrancado de una bien merecida quietud, es por la curiosidad de saber de donde procedía la alegría que se expandía por vuestro rostro dormido.

–¡Eh! – dijo él – ¡Soñaba con vuestro marido, pequeña!

– ¡Ya lo sospechaba! pues pocas personas tienen como él las ridiculeces que provocan la risa; vuestros sueños no sabrían imaginar nada más divertido. Pero, aún así, ese pensamiento que os divertía, ¿cuál era? y, entre los legítimos temas de burla que ofrece incuestionablemente aquél que me fue dado por esposo, ¿cuál excitaba vuestra hilaridad?

– Recordaba – dijo él – la mañana del mes pasado en el que recibí la visita de ese hombre verdaderamente bufo. Hacía cuatro días que no os había visto, e ignoraba aún cuando volvería a veros, pues en el baile de la embajada rusa, no habíamos tenido oportunidad de hablarnos al estar tan vigilados; y, con una prudencia que yo alabo, puesto que ella no excluye, cuando es la hora, los amables transportes de la pasión, vos temíais confiar vuestros recados a unas temibles criadas. ¿Me escribiríais? No, os prodigáis muy poco en las cartas, en vuestro sano horror a la literatura amorosa. Viendo entrar a vuestro marido, adiviné enseguida que había sido enviado por vos, que era el portador inconsciente de algún mensaje. Sin ninguna duda, mi perspicacia debía ingeniárselas en descubrir vuestro pensamiento en las palabras que le habíais encargado transmitirme, o en algún detalle de su vestimenta. ¡Problema rápidamente resuelto! Cuando quitó su sombrero sentándose delante de mi chimenea, donde ardía un gran fuego, vi en un espejo su cráneo calvo completamente amarillo y rosado, y, sobre ese liso pergamino casi rojo, estas palabras escritas a lápiz: «¡Mañana en mi casa, a las tres!»

–Es cierto, – dijo ella riendo a su vez, – que esa aventura es muy divertida; y se podrían tener pensamientos más tristes.

III

Durmiendo, él lloraba. Sí, dos lágrimas, lánguidamente, dolorosamente, fluyeron desde los extremos de sus pupilas hasta las comisuras de sus labios.

Ella lo despertó, muy aprisa, con un tierno abrazo, y, esta vez, a él no se le ocurrió disculparse del sueño recomenzado, de lo ocupado que tenía su corazón con una sincera angustia.

–Amor mío, amor mío, – dijo ella, – ¿por qué llorabas dormido? Tras dos sueños agradables, ¿qué cruel sueño ha atormentado la dulzura de tu reposo? Habla, no me ocultes el motivo de tu melancolía, dímela toda al objeto de que yo evalúe cuantas caricias y cuantos besos harán falta que consienta para transformarla en reconocidas delicias.

–¡Era un sueño horroroso! – dijo él, todavía asustado. – ¡Imagínate, pequeña! Delante de tu palacete había una gran multitud de personas y de coches; uno de los coches era terrible, – negro y blanco, con tantas coronas y guirnalda de flores sobre una tela del color de la noche, bordada de plata. Sí, delante de tu puerta, ¡la carroza fúnebre del supremo viaje! y eras tú a quién se iban a llevar a la iglesia y luego al jardín de las sepulturas. Y todo el cielo estaba iluminado de sol. ¿Comprendes? ¡Tu estabas muerta, y hacía buen tiempo! Ya no sonreías más y había clematitas en flor en los barrotes de la verja; tú ya no hablabas, y un pájaro emitió un pequeño trino atravesando la calles. Yo me sentía igual a todo lo que es vacío, negro, arisco. Me parecía que mi corazón era un gran agujero desierto; y, a riesgo de comprometer tu memoria adorada, mi desesperación, manifestada en lágrimas, confesaba mi inconsolable amor.

–¡Oh! ¡la visión detestable! – dijo ella. – Pero gracias al cielo estoy viva; mira, fíjate, toca, tan viva como es posible!

¡Ah! desde luego, muy viva; y tuvo muchas dificultades en convencerlo, aún después de las pruebas que se dignaba en proporcionarle.

– Por añadidura, – continuó ella – para que te serenes de tu tercer sueño, tan desagradable, tienes el recuerdo de los dos primeros, tan hermosos.

Él no hablaba, con aspecto de madurar un pensamiento.

–Sí, tan hermosos, – dijo finalmente – y sin embargo no sé...

–¿No sabes qué?

–... ¡Si de los tres sueños no es precisamente el último el que prefiero!

EL HONOR A SALVO

Lila se precipitó en la habitación malva y rosa donde Colette todavía estaba acostada, – dos almohadas, pero Valentín ya había partido, hombre madrugador, – y, cayendo sobre un cojín, no lejos de la cama, dijo:

– ¡Estoy deshonrada!

–Yo también – dijo Colette – incluso hace ya bastante tiempo que ese contratiempo se produjo por primera vez; no pienso que haya nada por lo que lamentarse exageradamente y tomar ese aspecto de desesperación extrema que muestras hoy.

–¡Ah! ¡No me entiendes, querida! Es cierto que, si se tratase de la desconsideración que nos tienen las personas poco acostumbradas a que se rechacen sus labios, no perdería el tiempo en sombrías melancolías. Pues la buena reputación, o lo que entiende por ello la mojigatería de las personas feas, no es del todo imprescindible en el amable intercambio de delicias entre las mujeres y los hombres, tal como se practica de ordinario; y no se ve que eso impida a las rosas abrirse a todas las mariposas que pasan.

– ¡Que bien te expresas Lila! ¿Cuál es entonces la naturaleza del deshonor del que te lamentas y que te ha dejado en tan lastimero estado?

Lila se levantó del cojín, apoyó las dos manos sobre los hombros de su amiga, de donde deslizó la camisa, y mirándola de frente le preguntó:

–¿Tú me quieres?

–¡Ah! – dijo Colette – Valentin es un hombre completamente insoportable; una no podría imaginarse, a menos de haber sido víctima, hasta que grado de abuso se aferra a la inoportunidad de las ternuras que él se place en testimoniarme! Sin embargo, sí, yo te quiero.

–¡Qué frívola eres! Te pregunto si me quieres hasta el punto de no retirarme tu afecto cuando me sepas digna de desdén y de burla.

–¡Oh! Apostaría a que exageras.

– ¡Conoce pues toda la horrible verdad y juzga si no ha lugar a considerarme la persona más deplorable de la tierra!

Lila dijo:

–Ayer por la noche, entre dos actos de una opereta absolutamente aburrida, me decidí a dejar en la platea a la pequeña Luciole y al Sr. de Marciac, e ir ha hacerle una visita a Ludovic para pasar el rato.

–¿Eh? ¿Cómo? ¿Has ido ayer noche a casa de Ludovic?

– Sí. Estaba muy cerca. ¿Por qué te ríes?

–¡Oh! por nada. Continúa.

–Que fuese a su casa a las horas en que una se divierte, no era demasiado probable; en fin, siempre podía intentar la aventura. Heme pues que allí me dirijo, llego, subo la escalera, introduzco la llave en la cerradura, pues naturalmente tengo la llave de la casa de Ludovic...

–Yo también – dijo Colette.

–¡Qué! ¿Qué me dices?

–Te digo que yo también tengo la llave... de la casa de Valentin.

–¡Ah! bien. Entro, atravieso el zaguán a tientas. Por fortuna veo una luz que se cuele por debajo de una puerta. ¡Ludovic estaba en casa!, tenía suerte. Iba a gritar: «Ven con la lámpara, voy a partirme el cuello», cuando oí que se hablaba en la habitación contigua; era una voz de mujer. ¡No estaba solo!

–¡Vaya! – dijo Colette.

–En lo que a mi respecta, – dijo Lila – no me gusta molestar a nadie. Además, sabía que era la Señora de Lurcy-Sevi. Tú debes haber oído hablado de ella; está loca por Ludovic. Tan delgada, no muy bonita, pero toda una mujer de mundo, – una mujer decente. He de confesar que me gusta que él esté con ella. Puesto que es imposible que un hombre no nos engañe, más vale ser engañada, de vez en cuando, por una persona de alta alcurnia. En fin, la Señora de Lurcy-Sevi halagaba mi amor propio. Y además, con esas mundanas no hay que temer que nuestros amigos dejen de adorarnos. Aunque fuesen más jóvenes que nosotras, – lo que no es más que una hipótesis – no sabrían suplantarnos porque su belleza no es experta en las sutiles tareas por donde ella se vuelve más preciosa, y aún estando muy prendadas, no se atreverían hasta los extremos de seducción, hasta los delicados abusos, que constituyen el fin del fin del amor, y con lo que se encanta, con razón, la ternura un poco perezosa de nuestros jóvenes contemporáneos. ¿Y dónde habrían de aprender la misteriosa ciencia de amar? ¿en el convento, antaño, entre los parloteos de las novicias, o bien, después, en el decente tedio de la alcoba conyugal? No, ellas no saben nada de nada, esas personas tan tranquilas, que tienen un amante, sí, – para hacer como todo el mundo, para no parecer ridículas – ¡pero que del amor no han hecho su única y deliciosa preocupación! En una palabra, aficionadas. Nosotras somos las artistas. Y yo te pregunto ¿sería posible que la mente de la Patti albergase celos de no importa que diletante, marquesa o princesa, cuando, entre dos valsos, canta un romance al piano? En fin, que muy tranquila, iba a retirarme, sin hacer ruido, como una persona bien educada que comprende las situaciones; e incluso compadecía un poco al pobre Ludovic, que, a causa de su situación en la sociedad, – agregado de embajada, ¿no es así? – debe hacer concesiones en aras a su porvenir manteniendo relaciones de conveniencia, – se veía obligado, de vez en cuando, a atender una buena fortuna de la que debía estar tan aburrido a más no poder. Pero, en el instante en el que iba a salir tan discretamente, oí el ruido de un beso.

–¡Y bien! – dijo Colette –¿Qué había de sorprendente en eso? ¿Acaso pensabas que la Señora de Lurcy-Sevi, por poco experta que fuese, ignoraba que de ordinario, cuando se consiente en ser amada, no es costumbre rechazar obstinadamente sus labios a aquél del que una es la conquista?

Lila respondió yendo y viniendo por la habitación, no sin una agitación donde se revelaba la intensidad de sus sentimientos:

– ¡Te digo que oí el ruido de un beso de verdad! ¡Ah! Conozco muy bien estas cosas. No era el banal rozamiento de una boca en unos labios, porque la hora ha llegado, porque no se puede hacer de otro modo y que hace falta que ocurra. No, era un beso lento, bonito, singular, también metódico, muy abandonado y muy dueño de sí, un beso que debió gustar y dándose de un modo muy a propósito. Me sentí muy irritada. ¿Cómo la Señora de Lurcy-Sevi, – con apenas veintidós años, con sus ojos azul cielo y su aspecto de sentimental indiferencia, – era capaz de una técnica tan depurada? A la vez que de una gran cólera, fui presa de una irresistible curiosidad. Volví sobre mis pasos, puse el ojo en el agujero de la cerradura. Veía mal, veía poco, – ¡veía bastante! ¡Ah!, querida, ¡es extraordinario los progresos que se realizan hoy en día en toda cosa y en todas las clases de la sociedad! Esta dama de excelente familia, casada, que se viste con una sencillez de muy buen gusto, – en fin, yo, yo tenía confianza en ella – es la más sutilmente erudita de las mujeres a quien solo el nombre del amor no inspira una invencible repugnancia; y no se podría imaginar nada comparable a la perfección, ardiente y reprimida, furiosa y lánguidamente mimosa, de las miradas, de las sonrisas, también de los suspiros, con los que, con una lentitud precisa ella es capaz de reducir a un hombre digno de ese nombre hasta un éxtasis jamás definitivo que incluso no tenga suficiente aliento para morir.

–¡Pobre Lila!– dijo Colette.

– ¡Eso no es todo! Después de un largo rato, con el ojo siempre en el agujero de la cerradura...

–¿Te aburrías?

–No... no puedo decir que me aburriese...¡rabiaba! Tras mucho rato, vi a Ludovic caer a los pies de la Señora de Lurcy-Sevi, cuya persona se cubría de hermosos cabellos desenredados, y él se prodigaba en palabras entusiastas. Que si era la más deliciosa de las amantes; que si tenía todas las capciosas reservas y la oportuna sagacidad de las fogosas; que ni una la igualaba en el arte misterioso de crear paraísos, no, ni una, ¡ni incluso Lila! – ¡Ni incluso Lila! Escuchas bien; pronunció mi nombre. Él confesaba, proclamaba que yo era derrotada por la Señora de Lurcy-Sevi, yo, Patti, ¡por esa ejecutante de salón! ¡Yo no valía lo que ella! Mi humillación y rabia fueron tales que a punto estuve de abrir la puerta, precipitarme, insultarlos... ¡Pero que le vamos a hacer! Habrían sonreído de mi cólera. La única solución posible era salir, huir, ir a ocultar mi vergüenza, y, durante toda la noche no he pegado ojo, volviendo a vivir las más pequeñas circunstancias de mi derrota, obligada a reconocer, por desgracia, que mi rival había merecido su victoria!

Ahora bien, ciertamente el dolor de Lila era tal que Colette – fácilmente emotiva además – fue afectada hasta derramar algunas lágrimas.

–No, – exclamó – no puedo permitir que conserves eternamente la pena inconsolable de una derrota que te humilla y concibas contra mí una legítima cólera. ¡Lo sabrás todo!

Lila, levantó la frente:

–¿Qué quieres decir, Colette?

–Quiero decir que, por desgracia, soy la más culpable de las amigas: yo no tenía solamente la llave de Valentin, yo tenía también la de Ludovic...

–¿De modo que...? – dijo Lila, abriendo los ojos como platos.

–De modo que, ayer noche, no era...

–¿No era la Señora de Lurcy-Sevi la que he visto por el agujero de la cerradura?

–¡No! – dijo Colette, manoseando, bajo la vergüenza y el remordimiento, sus pequeños y adorables rizos.

Y estaba preocupada.

Pero Lila le saltó al cuello, extasiada en un hermoso orgullo:

–¡Oh! ¡qué alegría la mía! Tú no eres una aficionada, tú, tú eres una artista exquisita, por la cual se puede ser superada sin vergüenza. Sí, hay algo de enojoso para mi amor propio en tu traición y en la de Ludovic. Pero ¡no importa! Todo está bien, puesto que ¡mi honor está a salvo!

UN RARO MÉRITO

Desde que es la preferida de ese joven Snédois, hijo de un príncipe, que le envía con bastante frecuencia un ramo de violetas de dos centavos, entre cuyas florecillas se oculta un diamante del Brasil por el que el Monte de Piedad pagaría quince mil francos por lo bajo, Colette se ha vuelto completamente impertinente, y no se podría ver nada más despectivo que el mohín que desde lejos dirige a sus compañeras de antes: A Jo, que compra en los almacenes de novedades vestidos ya hechos; A Lo, que se muestra, en el paseo de las Acacias, en un coche del círculo, y a Zo, casi vulgar, que es la amante, dos veces por semana, martes y sábado, de un estudiante que vive de alquiler en una habitación de un quinto piso, desde donde se ve el jardín de Luxemburgo en el que florecerán las lilas. Incluso apenas consiente en mostrarse familiar con la pequeña Lila, su amiga de los días menos principescos, a quién la une el recuerdo de tantas aventuras en común, de tantos besos con los que la recuperó sobre unos labios apenas abandonados: no recibirla más, sería una especie de divorcio; pero, enorgullecida, le gusta regañarla. Ayer todavía, tumbada sobre el diván cuyo satén escarlata se atenuaba bajo una funda de Alençon, le dijo:

– No querida; ¡realmente no puedo aprobarte! y estoy completamente asombrada por la insistencia con la que te obstinas en no ceder a jóvenes mujeres más humildes que se podrían contentar, el amante del que dices, desde hace seis meses, estar enamorada. ¿Acaso soy una alma carente de parcialidad respecto de las personas que se abandonan a tiernas faltas? ¿Repruebo los caprichos? ¿Me crees capaz de censurar el no importa que labios que, tras el champán, no saben en que boca, como abejas enloquecidas, se posan? Yo consiento, desde luego, los dulces extravíos, y tú no me insultes creyendo que soy una mujer decente, de principios austeros; en una palabra, he merecido, sin duda, por muchos pecados sin arrepentimiento, ser considerada indulgente. Pero me parece que las locuras no son agradables excepto si son breves, y nada disculpa tu relación prolongada hasta casi la constancia conyugal por un hombre que apenas me parece digno de un instante de olvido, con todas las batistas rápidamente a contra pelo, después de cenar.

Lila, bajo esta reprimenda, no pudo impedir enrojecer; pues, en definitiva hay algo de enojoso, para una parisina como ella es, ser sorprendida en flagrante delito de constancia y casi de fidelidad.

Sin embargo se atrevió a responder:

–¡Ah! ¡Si supieras por que hechizo estoy aferrada a Valentin! ¡No cuestiono, no, que mi conducta puede parecer tener algo de reprochable! Pero tu no conoces al que amo.

–¡Bueno!– dijo Colette – Lo conozco tal vez más de lo que tú crees, y sus méritos no me parecen tan excesivos para proporcionar una excusa suficiente a la pasión que le prodigas. En primer lugar no es guapo.

– Reconozco que es menos agradable de mirar, aunque tiene buen porte, que los Adonis y los Endimiones de los museos.

–No es rico.

–¡Eso es verdad! lo he arruinado dos veces, y la tercera herencia que espera con ansiedad no bastará para pagar mis deudas con el costurero.

–¿No se distingue, desmesuradamente, por el furor prolongado y nunca ralentizado de las caricias, que no se perciben más que hacia mitad de la tarde?

–No me corresponde a mí alabar en él una virtud a la que estoy obligada a reconocer, a pesar de mi modestia natural, como el que los encantos de los que estoy provista y la agradable experiencia que procuro no se dan sin recibir a cambio alguna facilidad e incluso una ayuda considerable.

–En fin, un hombre como la mayoría de los hombres! – dijo Colette encogiéndose de hombros.

–No: él se caracteriza por un merito que no se podría alabar bastante.

–¡Eh! ¿cuál, querida?

Lila dijo:

–Vas a saberlo.

Ella continuó con seriedad:

–¿Tú engañas a tu amante?

–¿A cuál de ellos? – preguntó Colette con esa ingenuidad que no se encuentra en el mismo grado en ninguna otra persona.

– Al que te envía ramitos de violetas de dos centavos donde se ocultan unos diamantes de Brasil.

– ¡Eh! ¿Cómo podría ser cierto que lo amo si no lo engañase? Además, príncipe rico y guapo como es, le debo sacrificar, de vez en cuando, algunos rivales.

– Pero cuando incluso el más imperioso de los deberes no te obligase a la traición, ¿engañarías a tu amigo?

– Por supuesto, ya que la infidelidad, incluso frecuente, tienen siempre, por el misterio o el imprevisto, un picante que se quisiera en vano negar; y, desde luego, de las dos funciones de los labios femeninos, beso y mentira, no es la mentira la que es menos agradable.

–¡Cómo te gusta hablar así! Sí, nosotras encontramos, en los cambios no sospechados, unas delicias que permanecen inimaginables para las jóvenes mujeres ingenuamente entregadas a un solo cariño. Pero reconozcamos una cosa, querida! Gracias a la perfecta imbecilidad de la mayoría de los hombres, el más atractivo placer de la traición nos es hurtado, – quiero decir el orgullo de haber usado, para engañarlos, ingeniosas estrategias: ellos son tan poco sutiles, de ordinario, que nuestra sutilidad no brilla al ejercerse; y es tan humillante a más no poder no estar obligada a recurrir a unos ardides extraños, atrevidos, nuevos, donde triunfaría nuestra destreza. Todo lo que se les dice, lo creen; es desolador. La misa, o el baño, les parece todavía una excusa verosímil para las salidas matinales. Si decimos: «¡Ah! que feo es!» hablando de su mejor amigo, ellos admiten que en efecto lo encontramos feo. La estación de autobuses

sin coches o el ómnibus perdido, bastan para explicar nuestros regresos a la hora en la que se sale del baile de la Opera. E incluso hay todavía hombres que, – cuando les decimos que hemos ido a ver a nuestra abuela, un poco enferma, en Courbevoie, – ¡no se niegan a creer que en efecto tengamos una abuela! Reconocerás conmigo, querida, que ¡nada iguala en impertinencia una fe tan exagerada! Y nuestro aburrimiento es análogo al que experimentaría un pianista, prodigioso virtuoso, capaz de todos los trinos y de todos los cuádruples corcheas, a que su auditorio no pidiera, por estar maravillado, mas que el aire de: «¡Ah! yo os diría, mamá», ¡tocado con un solo dedo!

– Es muy evidente –aprobó Colette – que la entupida confianza de nuestros amigos tiene que irritar a las personas que, como nosotras, les gusta hacer muestra de su sutilidad natural, desarrollada y afinada por la larga costumbre de las bellas mentiras! Pero lo que tú acabas de decir no me explica en ningún modo por qué...

–¿Porque me obstino en no despedir a Valentin después de tantas noches?

Con un bonito gesto de orgullo, Lila continuo, casi gritando:

Apenas guapo, no rico, poco hercúleo, lo adoro y lo conservo, porque, entre todos los hombres a los que he concedido la alegría de demostrarles que me gustaban, ¡jamás encontré uno solo que fuese, al igual que él, tan difícil de engañar!

–Sí, – prosiguió Lila entusiasmada, – él conoce todas las banales supercherías, no se somete a ninguna trampa que ya fuese tendida antes, ¡no cree en ninguna de las mentiras a las que se suele recurrir! ¡Es extraordinario! ¡Ah! no es a él a quien hay que hablar de misa, de baño, de ómnibus perdido, de coches ausentes, y de abuela o tías, ¡o tíos! Incuso, sé por una complicada destreza, que si usase esos absurdos pretextos en la esperanza de que su estupidez – demasiado excesiva para ser mentira – lo inclinase a admitirlos, no conseguiría decepcionarle! Por la precisión de su olfato, de su mirada, por la seguridad de su investigación, desbarata las estrategias en el segundo grado! ¡Es extraordinario, te digo! No te sigue ni te hace seguir, – siendo un hombre galante; no importa, él sabe a donde has ido; incluso las confesiones a medias – este recurso supremo cuando no puede negarse algo completamente – ¡no sirve de nada con él! ¿Puedes creerlo?, algunas veces, es capaz de observar, antes de que vayas a comprar guantes a los almacenes del Louvre, los pliegues que hace bajo el corsé la batista de la camisa, luego, por la noche, a la hora de desvestirse, en el prelude de los besos, de repente emite un: «¡Hum!» como si percibiese que hay un pliegue de menos o de más. En fin, querida, imagínate. No solamente adivina que se le fue infiel, también adivina las fidelidades a las que fui reducida por circunstancias enojosas, imprevistas. Tú sabes que más de una vez él consigue, por una razón o por otra, – ¡ah!, querida, los hombres, qué poca cosa, y que engañosas son las apariencias! – volverse tan inocente a más no poder de aventuras donde esperaba encontrar alguna ocasión de remordimientos. ¡Pues bien! Colette, en semejante caso, cuando yo regreso, Valentin me mira con dulzura, me estrecha las manos, casi emocionado, y murmura: «¡Pobre pequeña! ¡oh! ¡pobre pequeña!»

Maravillada, Colette dijo:

– Yo tendré mucho cuidado a partir de ahora de censurar el afecto prolongado y la estima que tu prodigas a ese hombre! ¡son legítimos! ¡se los debes! Sin embargo, por perspicaz que sea, ¡tú consigues sin duda engañarlo!

–¡Esa es mi gloria! – exclamó Lila. – Sí, a fuerza de combinaciones tan milagrosamente ingeniosas, que, de una sola de las comedias que represento, se podrían hacer doscientos voviles del que el más simple sería más complicado y más fecundo en sorpresas que todo el teatro del Sr. Sardou, algunas veces consigo en dejar tomar un beso en mis labios, en la furtividad, detrás de una puerta, de un minuto, sin que Valentin sospeche que mi boca fue tomada, ¡o que parezca sospecharlo! Y entonces, me regocijo orgullosamente. No sin turbación, sin embargo, pues conozco su infinita malicia! ¿Quién sabe si él no experimenta, admirando el arte que yo despliego en la esperanza de engañarlo, tanto placer como yo tengo en creer que lo engaño? Su favorecedora apariencia de ser engañado tal vez es una recompensa amable que me concede en reciprocidad a su satisfacción a los loables esfuerzo que yo hice; y consiente en ser ridículo para no disgustarme.

BATISTINA O LOS TRES LECHOS

I

El ángel de la guarda de Batistina, – con la blancura de sus alas replegada en la noche, – se encontraba apoyado en el dosel de hierro del pequeño lecho virginal.

–¡Batistina! ¡Batistina!

–¿Eh? ¿Quién está ahí? ¿Quién me llama?

– Soy yo, tu ángel de la guarda.

–¡Ah! ¡Qué susto me habéis dado! No hay nada que perturbe más que ser despertada con un sobresalto. Creía que había entrado un ladrón, que iba a robarme la cruz de oro que el abuelo me regaló por Navidad. Pero puesto que sois vos, ya me siento más tranquila: ¿Qué puedo hacer por vos, mi buen ángel?

–Batistina, no estoy contento contigo. En primer lugar acabas de mentir, pues no dormías en absoluto, ¡oh!, de ningún modo; y, al no dormir, pensabas en ese joven con el que te has encontrado anteayer bajo los tilos del Paseo. No sabría decir si has prolongado tu vigilia para hacer examen de conciencia o para decir alguna oración, pero me es imposible tolerar que una jovencita, cuya Alma me ha sido confiada, ocupe sus horas nocturnas en pensamientos tan censurables en los que los bigotes morenos no están precisamente ausentes.

–¡Mi ángel de la guarda, qué severo sois! Dado que estoy en edad de casarme, no veo por qué me debería estar prohibido pensar en aquél que debe ser mi esposo, pues el joven que me fue presentado bajo los tilos del Paseo ha pedido mi mano, y, ya os lo anuncio, es del agrado de mi familia.

–¡Batistina! yo tenía para ti otros sueños. Eres más encantadora que los más bellos ángeles del Paraíso, tú, que habrías merecido, después de tu vida mortal pasada en un claustro, estar casada en el cielo con algún espíritu de la más alta Jerarquía, ¿quieres entrar en el mundo y conocer en él los vanos placeres? ¿Quieres convertirte en la esposa de un hombre, tú que podrías ser, desde este momento, la novia de un divino novio? Resiste, te lo aconsejo, a las tentaciones de aquí abajo, y resérvate íntegramente para las bodas celestiales.

–Mi buen ángel, no tengo nada que decir en vuestra contra: habéis asumido con mucho celo (con demasiado celo, tal vez) unos deberes que teniais que cumplir en torno a mi lecho virginal. Pero, en verdad, pienso que las cosas en este momento no son de

vuestra competencia; os ruego que no os ofendáis si prefiero tanto en la tierra como en los cielos a aquél del que seré esposa amante y fiel.

–¡Qué pena! – dijo el ángel de la guarda.

Y se fue volando, con las alas abiertas enormes, en la noche donde las estrellas parpadeaban como ojillos de oro un poco burlones.

II

El ángel de la guarda de Batistina – con la palidez de sus alas entristecidas, apenas visible en la penumbra – se mantenía apoyado en el dosel del lecho nupcial.

–¡Batistina! ¡Batistina!

–¿Eh? ¿Quién está ahí? ¿Quién me llama?

–Soy yo, tu ángel de la guarda.

–¡Ah! cometéis un error estando ahí, y ¡os aconsejo levantar el vuelo lo más rápido posible! Debo deciros, mi buen ángel, que mi marido está muy enamorado de mi; ¡me ama tanto como yo lo amo! y, dentro de un momento va a entrar en esta habitación donde mi madre me ha conducido llorando y sonriendo. Vuestra presencia, por tan inmaterial que sea, debería disgustar, estoy segura de ello, a aquél del que llevo a partir de ahora el apellido; no tenéis más que hacer que marcharos a vuestro paraíso, dejándonos a nosotros en el nuestro.

–¡Batistina, yo no estoy satisfecho de ti! Es cierto que vas a ser una mujer igual a las demás mujeres, y que has repudiado siempre el deseo sagrado de ser una monja detrás de las verjas del claustro y en el coro de la capilla. ¡Oh! ¡Qué magnífico futuro se te ofrecía! Tras días y noches santificadas por la oración y las duras observancias de la regla, habrías subido, recta, como una flecha va hacia el blanco, hasta el eterno goce de los elegidos, y allí, en el inefable disfrute paradisiaco, ¡habrías sido el ángel bien amado, con alas de nieve, de un ángel magnífico con alas flamígeras!

–No desprecio el futuro que me espera aquí abajo. Tendré un excelente marido, al que amaré con todo mi corazón y todo el resto de mi ser; y, pronto, se oirá en mi residencia, no rica, pero agradable a la vista, donde seré una buena ama de casa, las risas y gritos de unos niños que se divierten. Una mujer feliz, una alegre madre, eso es lo que seré. No me compadezcáis, mi ángel guardián. No, no, no renuncio (¡soy una buena cristiana!) a mi lugar, más adelante, en el paraíso. Pero, hasta el momento, amo y adoro a aquél que me adora y me ama... Y, venga, iros rápido con vuestras alas pálidas, pues oigo que sube, y sería muy capaz de arrancaros algunas plumas por culpa de los celos.

–¡Qué lástima! – dijo el ángel de la guarda.

Y levantó el vuelo, con las alas abiertas enormes, en el cielo azul sombrío en el que algunas estrellitas, parpadeaban como ojillos de oro muy impertinentes que se burlaban.

III

En ángel de la guarda de Batistina, – con sus claras alas medio desplegadas bajo un rayo de luna – se mantenía apoyado en la estela de la tumba, del lecho mortuorio de mármol blanco.

–¡Batistina! ¡Batistina!

–¿Eh? ¿Quién está ahí? ¿Quién me llama?

–Soy yo, tú ángel de la guarda. Creo que esta vez querrás prestar alguna atención a mis palabras. Aquí estás muerta, ¡tan joven! y, seguramente, te aburrirás en ese agujero estrecho y sombrío donde han depositado tu cuerpo. ¡Cómo debes lamentar no haber

seguido mis consejos! Si hubieses sido insensible a las tentaciones mundanas, habrías entrado en el convento, habrías subido, al día siguiente de tu óbito, hacia el divino Paraíso; no habrías permanecido tanto tiempo en este lugar de desolación. Pero has preferido vivir una vida ordinaria, tener marido, hijos, y de este modo estás castigada.

–¿Castigada? ¿Por qué? Lo que es cierto, es que no podré arrepentirme de haber hecho lo que he hecho, de haber vivido como he vivido. He amado, con todas las fuerzas de mi ser, a aquél que me amaba; he visto reír a mi alrededor, como un grupo de flores vivas, a mis hijos de hermosas mejillas sonrosadas. He sido esposa, he sido madre, he sido feliz. ¡Ah! que encantador era, por la noche, poner la tetera y las tazas en la mesa, en la habitación llena de honradez y paz, y ver a mi marido sonreír a mis hijos dormidos. Es verdad que lamento estar muerta tan joven, teniendo todavía tanta felicidad que dar a los que me daban tantas alegrías, pero ¡hágase la voluntad de Dios!

–¡Batistina! ¡Batistina!, te lo ruego, deja ya todas esas quimeras humanas. He obtenido del Muy Alto que no se tendría en cuenta tu manera de aferrarte a los asuntos temporales, y ha llegado la hora en la que vas a abandonar tu habitáculo sepulcral para venir conmigo al maravilloso Paraíso.

–A decir verdad, no pido otra cosa, mi buen ángel, pues ya comenzaba a aburrirme en la oscuridad donde se me ha puesto.

–¡Ven! ¡ven pues! levántate y ven! ¡Vuela con mis alas! ¡Verás el maravilloso y perpetuo prodigio de los cielos infinitos! ¡Escucharás la universal armonía, te expandirás mejor que una rosa al sol, en la deslumbrante luz! Y, para colmo de glorias, te será dado en casamiento un esposo digno de tus perfecciones, en una iglesia de diamante donde el mismo Dios oficiará. ¡Oh! ¡Qué delicias serán las tuyas!

–Desde luego, mi alegría no conocerá límites; pues, ¿verdad que tendré por marido en el cielo a aquél que fue mi marido en la tierra?

–Batistina, te obstinas en un bajo sentimiento. Un ángel muy considerable te está destinado, un ángel será tu esposo; en cuanto al hombre que te desvía de las celestiales esperanzas, debes saber que no está muerto, y que todavía deben transcurrir días antes de que descienda a la muerte de donde remontará hacia la vida inmortal.

Batistina, despertada en la tumba, pensaban escuchando esas palabras.

– ¿Qué? ¿No me sigues? – insistió el ángel.

–¡No! – exclamó ella – ¡no! Ya que mi esposo todavía no está en el cielo ¿qué iba a hacer yo allí? Venga, marchaos, dejadme: esperaré para revivir cuando él reviva también; por muy sublimes, por muy celestiales, por muy celebradas que sean por Dios, rechazo la gloriosa alegría de las bodas infieles. Yo prefiero el hombre que amo a ese serafín que no amaría. Lo esperaré aquí, resignada, confiada. ¡De ese modo subiremos juntos hacia el Paraíso! Y, si la puerta del cielo nos rechazase, el eterno sueño de ambos, él y yo, en esta fosa, me sería más dulce que la eterna vigilia con otro en los esplendores del Paraíso.

–¡Adiós pues! – dijo el ángel de la guarda.

Y levantó el vuelo, lleno de ira, ¡con las alas abiertas enormes hacia el melancólico cielo! Pero las pequeñas estrellas, que han visto tantas cosas, que todo lo saben, que no se equivocan nunca, parpadearon como ojos de oro, pareciendo decir: «Ella tiene razón, razón, Batistina, Batistina...»

EL COCHERO IDEAL

En el cuarto de baño, decorado de sedas estampadas con rosas en floración, al lado de la palangana, pequeño lago de orillas plateadas donde la esponja lucía como una isla dorada, Luce Luçon, completamente desnuda, anudaba, con los brazos en el aire, ante el alto espejo inclinado, sus cabellos rubios que casi eran rojizos merced a los sabios tintes químicos; reía al espejo que le mostraba un cuerpo grácil, casi rellenito, de un blanco níveo por todas partes, enrojeciendo aquí y allá, y donde tres frondosas y auténticas negruras delataban, con la picardía de una imprevista antítesis, el azafranado de su cabellera; y había en el aire, mezclado con los perfumes de veinte frascos, apenas diferente de las exhalaciones de un prado florido mojado por la lluvia, el fresco olor de las jóvenes carnes lavadas.

– Es – dijo la doncella entreabriendo la puerta – el cochero de la Señora Andrée Lérays que quiere entregar personalmente una carta a la señora.

Luce Luçon se envolvió con un albornoz de terciopelo rosa y repuso:

–Que entre.

Y el cochero fue introducido, mientras tanto ella se tumbaba en la mullida tela del diván de donde salía, con el aire de una sonrisa que acecha, la punta de un pequeño pie desnudo. «Querida, escribía Andrée, salgo para Egipto con un príncipe primo del Khédive y guapo como un mulero de la calle del Cairo. Yéndome quiero hacerte un regalo: ¡mi cochero! Es una auténtica joya.» Y acababa con besos mimosos antes de la firma. Luce miró al sirviente recomendado. Desde luego tenía buen aspecto; tal vez demasiado robusto y pesado, pero bien plantado, con el rostro joven y la mirada inteligente; aderezaba con un poco de descaro la gravedad que conviene a las personas de su rango: no hubiese parecido fuera de lugar sobre el pescante de una carroza de embajador.

– Me dan sobre usted los mejores informes – dijo Luce – y creo que me vendrá bien. ¿Cómo se llama?

–Alfred.

–Alfred, bien. Sin duda sabrá usted conducir muy bien.

El sonrió, desdeñoso. Puso más o menos la cara de un magnánimo poeta a quien se le preguntase si sabe rimar con talento. El respondió, tras un silencio:

–Señora creo que no habría sido digno de estar al servicio de la Señorita Andrée Lérays y no me atrevería el honor de ser el cochero de la Señora si mi merito se limitase

al banal arte de girar en las esquinas de las calles sin tropezar con la acera o de bajar por el bulevar Haussmann sin enganchar la rueda en el raíl del tranvía.

–¡Eh! ¿Qué es entonces los que sabe usted hacer?

Él bajó los ojos con una modestia que disimulaba mal un noble orgullo.

–Señora, – dijo – yo sé volcar.

–¡Eh!–exclamó Luce Luçon.

Él continuó sin levantar la mirada:

–La señora conoce sin duda a Noémi de Lusignan. Es una mujer muy hermosa, nada tonta, muy bien educada y con un muy buen olfato para los extranjeros distinguidos. Sin embargo no tenía demasiado éxito, vivía de alquiler e iba al bosque en los coches del círculo. Sí, en los coches del casino. Yo me compadecí de ella. Me hice su cochero desde el preciso instante en que compró a crédito una victoria y dos caballos a los que yo podía decentemente conducir. Algunos días después, era la amante de un rico industrial holandés que le regaló un palacete en el barrio Monceau, y que, siendo viudo, se está planteando seriamente en darla por madre a sus hijos.

–¡Ah! ¡Vaya! – dijo Luce Luçon.

–No enumeraré todos los servicios realizados por mis habilidades a personas que por otra parte me han testimoniado unos reconocimientos de los que me siento muy orgulloso. El último es el éxito que me debe la Señorita Andrée, vuestra amiga. ¡Por desgracia, era para compadecer! embargada dos o tres veces por semana, reducida a cenar en los restaurantes el plato del día, obligada a subir en los fiacres para ir al Jardín de Paris. Sin embargo Andrée Lérys – la Señora no lo ignora – tiene todo lo que hace falta tener para gustar, y para gustar todavía después de haber gustado. ¡Me indigné contra el injusto destino del que era víctima! Me hice su cochero. Algunos días después, era la amante de un príncipe millonario que le puso al cuello un rosario de diamantes negros y que la lleva a países exóticos donde, por lo que se cuenta, los senderos de los jardines están empedrados con lingotes de oro.

–¡Sapristi!–dijo Luce – cocheros como usted no se encuentran todos los días.

Él se inclinó agradeciendo el cumplido.

– ¿Pero dígame, se lo ruego, por qué medio obtiene usted tan magníficos resultados? – solicitó ella.

– ¡Yo creía haberlo dado a entender suficientemente! Sin embargo, dado que la Señora lo desea, me explicaré con más claridad si cabe. Si Noémi de Lusignan, propietaria de un palacete que aparece en los sueños de las más célebres coquetas, está a punto de unirse, ante las autoridades competentes, con un opulento usurero de Rotterdam, es que, una mañana, en una avenida solitaria no lejos de la Cascada, en el momento en que ese holandés, conocido por mí, salía del restaurante, yo enganché la rueda con el tronco de una acacia: Noémi, con el coche volcándose, dejó ver sobre la carretera, con bonitos gritos de pavor, una blancura de piernas más allá de las ligas que deslumbró, como un delicioso relámpago, al rico transeúnte extranjero, y ahora, él va a casarse con esas piernas. Si Andrée Lérys emigra, rica ya y triunfante, hacia países exóticos, es que, al regreso de las carreras de Auteuil, su coche, sabiamente dirigido, fue volcado por el landau de un príncipe primo del Khédive. Un poco de desnudez rosada – mientras Su Alteza se precipitaba hacia Andrée desvanecida en el camino – se estremecía entre las transparencias de las muselinas y los encajes bordados. ¡El príncipe quedó impactado con tan hermoso espectáculo! y, habiéndose presentado esa misma noche en casa de su amante, él mereció, gracias a las ricas ofrendas, volver a verla más a menudo, sin encajes ni muselinas.

Luce Luçon se partía de risa.

– Es usted, en efecto, – dijo ella – ¡una auténtica joya! ¿Pero no hay riesgo de que se partan el cuello al caer?

– Señora, las personas que yo vuelco tienen la sensación de deslizarse entre algodones.

–Entonces, está decidido; aunque en este momento no tengo necesidad de recurrir a su habilidad, lo tomo a mi servicio.

Tras esas palabras, ella hizo un gesto de despedida.

Pero él no se movía.

–¿Y bien? – preguntó ella. –¡Ah! sí, ¿vuestros emolumentos?

– No, – dijo él – ¡no se trata de mi salario! yo me remito a la generosidad de la Señora. Tengo un pariente, jefe de negociado en una administración gubernativa, que gana seis mil francos al año: a la Señora no le gustaría que tareas más difíciles y más delicadas que las suyas valiesen unos emolumentos menores que los de mi pariente.

–¡Diantre!

–Además, ¡tengo preocupaciones más elevadas! Lo que me retiene, lo que hace que no me haya retirado, como habría debido hacer, desde la señal que me mostraba la puerta, es que...

–¿Es qué?

–Es que, del mismo modo que la Señora ha pedido informes sobre mi, yo debo a mi vez pedirlos ¡sobre ella!

–¡Ah! ¡nada más justo! –aprobó Luce Luçon. ¿Qué desea usted saber?

El mostró, un instante, algún embarazo.

– La cosa no es fácil de decir – murmuró finalmente. –¿Cómo podría hacerme comprender sin perder el respeto que un buen servidor debe a su ama? Esta es la situación: Mi especialidad es conocida, y, naturalmente, tengo una fama bien adquirida. Ahora bien, ¿que ocurriría si, tras el coche volcado, el resultado que se pudiese esperar de ese accidente no hubiese sido obtenido?; ¿si, para precisar, los encantos entrevistos en el diestro azar de la voltereta no provocasen más que una impresión poco profunda a los ojos y en el corazón de aquél al que estuviese destinada su furtiva aparición? No dejaríais de decir que yo había medido mal, que no supe hacer volcar el coche según una línea de inclinación propicia a un levantamiento suficiente de las íntimas telas, o bien que había elegido un lugar poco favorable, un mal momento, un espectador muy poco sensible..., ¡y estaría deshonorado! Sin razón quizás. Pues en justicia, el fracaso podría haberse atribuido a alguna imperfección de los tesoros entrevistos.

–¡Es usted un insolente! – dijo Luce Luçon.

–¡Oh! ¡No se enfade Señora! ¡Estoy convencido de que sois digna, en todo punto, de las más apasionadas y de las más repentinas admiraciones! Tan sólo planteaba una hipótesis general. Pero debe ser tenida en cuenta otro factor: todos los tipos de belleza, por muy exquisitos que sean, no son del agrado de todos los ojos. Según las edades, según los rangos, según las nacionalidades, difieren los gustos de los hombres. Por ejemplo, he visto a burgueses muy ricos no prendarse de lo que deslumbraba en exceso a los artistas o a caballeros de alta alcurnia. Debo pues, para no cometer enojosos errores, conocer tan perfectamente, tan minuciosamente como sea posible las cualidades particulares de las mujeres que quieren tomarme a su servicio.

Ahora, con los puños en las costillas, Luce Lucón se tronchaba de risa.

–¡Bueno! ¡bueno! ¡lo entiendo! ¿Usted quiere ver antes de hacer ver?

–Sí, – respondió respetuosamente, pero con resolución, el buen cochero.

–¡Que un rayo me parta! ¡Si crees que voy a turbarme contigo más que con tantas otros!

Y, riendo todavía, con dos gestos sacó su albornoz. Cayendo del diván, quedó sobre la alfombra en la pose tumbada de una mujer que acaba de caerse, desde los asientos del coche, sobre la arena de una avenida.

–¡Oh! – exclamó él levantando los brazos al techo.

–¿Y bien?

–¡Sin emolumentos! ¡Quiero servir a la Señora sin salario! ¡por el honor, por el placer de conducirla hasta los más altos destinos!

–¡Excelente!

–Y no lamento más que una cosa.

–¿Cuál?

–Que las elecciones no nos hayan dado una mayoría monárquica que hubiese derrocado al gobierno.

–¡Vaya! ¿Por qué?

Y lleno de entusiasmo, exclamó:

–¡Porque habría volcado a la Señora delante del rey de Francia!

LA AVENIDA DE LOS PLÁTANOS

En el pabellón-taller, al final de la larga, larga avenida de los plátanos, – tan larga que se necesitaban más de cuatro minutos para ir desde la verja del jardín hasta la puerta del edificio, – la Señora Lise de Belvélice visitaba al pintor Sylvère Bertin. Desde luego, era un auténtico atrevimiento que ella hubiese ido así, sin su marido, sin la amiga que de ordinario la acompañaba, en definitiva sola a casa de ese joven que tenía fama de ser tan temerario no menos en gestos que en propósitos, y de quién se sabía, desde hacía tres meses, tan apasionadamente deseada. Pero ella no era de esas que se echaba para atrás, por tan sólo una mirada un poco intensa de más: ella tenía, en su donaire gracioso, un aire altivo, – el aspecto de una reina, – que impone la veneración a los más irreverentes; allí donde otra se arriesgaría a verse obligada a algún rubor, ella no corría ningún peligro. Así pues, fue sin aprensión, más bien por la curiosidad de ver un taller de artista con sus mil figurillas y sus cuadros inacabados, como entró en el pabellón. ¡Cómo! ¿Solamente por curiosidad? Solamente. ¿No experimentaba ninguna tierna atracción hacia Sylvère Bertin, tan agraciado como éste era con su boca tan fresca bajo un espeso bigote negro? ninguna; y, aunque de casualidad, – pues incluso lo imposible es posible – ella hubiese exagerado bajo la falda la elegante profusión de su ropa interior toda de encajes bordados, ella era en verdad tan deseada como segura de ser respetada.

¡Al principio su confianza no se había visto decepcionada! Sylvère saludó a la visitante con la más irreprochable deferencia; no se acercó demasiado a ella, evitando mostrar sus impulsos; no intentó rozar sus dedos poniéndole en la mano los frágiles cucuruchos de Yeddo, los pequeños ídolos de jade verde que forman como un altar en la chimenea tapada con una casulla con abalorios dorados; incluso no tuvo ni un estremecimiento de los párpados, que hubiese sido malsano, cuando le hizo admirar, detrás de la mesa de los modelos, en un ángulo un poco sombrío, los antiguos satenes y los tapizados del diván, naturalmente evocador sin embargo de culpables deseos. De modo que, satisfecha, –¿satisfecha? ¡eh! sí, os digo que tanto como podría estarlo – fue a retirarse, y ya habiendo inclinando el cuello en un pequeño saludo muy digno, cuando de repente, tras haber tomado a manos llenas sus cabellos como un héroe de melodrama que siente que lo invade la locura, Sylvère Bertin exclamó: «¡No!, ¡no! y ¡no!» y se precipitó hacia las rodillas de Lise de Belvélice extendiendo sus brazos que no tardaron en abrazar la huidiza resistencia de la falda justamente indignada.

¡Ah! ¡qué ustedes no estaban allí, escépticos desconfiados de las costumbres mundanas de hoy en día! ¡Que obligados estarían a admirar la actitud de la decente joven! Estremecida de ira, pero con una sonrisa de real desprecio en la curvatura de los labios, levantó la mano en gesto de rechazo al que no habría nada que replicar; luego, mediante algunas breves palabras, hizo comprender al impúdico toda la ultrajante extravagancia de su conducta. ¿Por quién la tomaba? ¿Cómo la imaginaba capaz de faltar a sus deberes, a los santos compromisos contraídos con el marqués de Belvélice? Verdaderamente ella no había esperado, de un hombre bien educado, una grosería tan audaz; «¡Debería avergonzarse, Caballero!» dijo finalmente. ¿Avergonzarse? Sylvère Bertin pareció admitir, en efecto, ante tan elevada virtud, que era él único partido que le quedaba por tomar; se levantó, con los pómulos rosados como los de un niño pillado en una travesura, se volvió con aspecto de un muy humilde arrepentimiento; y la Señora de Belvélice, que orgullosamente empujaba la puerta, dio un paso fuera del taller.

Pero entonces:

–¡Ah! ¡Dios mío! – exclamó el pintor con voz horrorizada.

–¿Qué sucede?

–¡Ah! ¡Dios mío! ¡Ah! ¡Dios mío!

–¿Qué ocurre? ¡Explíquese!

–Allá abajo... por ese vitral, mire... en la avenida...

–¿En la avenida?

–Sí, cerca de la verja, al lado de la portería...

–¿Y bien?

–Está preguntando... Va a dirigirse hacia aquí...

–¿Quién?

–¡Vuestro marido!

Llena del pavor de ser vista, alarmada, ¡Lise de Belvélice se dirigió rauda al fondo del taller!

–¡Mi marido! ¡Me habrá seguido! ¡Sabe que estoy aquí!

–No. Es poco probable. Él viene a menudo a visitarme dando un paseo.

–¡No importa! ¿Qué pensará si me encuentra en su casa, sola? Estoy perdida, me matará.

Hablaba tartamudeando y con la cabeza entre las manos.

–¡Yo os salvaré! – dijo el pintor con gesto magnánimo. ¿Queréis que lo espere detrás de la puerta y lo estrangule antes de que haya franqueado el umbral?

–No... Busquemos algún otro medio antes de decidirnos a esos extremos. ¡Hágame salir!

–¡Imposible! No hay otra salida que ésta y nos vería.

–¡Escóndame!

– No hay ninguna otra habitación en este taller.

–¿En un armario?

– Fijaos: ¡no hay armario!

–¿Detrás de esas cortinas?

–Él es curioso, tiene la costumbre de meter las narices por todas partes.

– Pues bien, simplemente, haced una barricada en la puerta; cuando golpee, no abráis: él creará que estáis ausente.

–El portero ha debido decirle que estaba aquí.

–¡Es espantoso! No tendrá necesidad de matarme: me siento morir de miedo.

Pero Sylvère Bertin; tras una rápida mirada hacia la avenida, dijo:

–Veamos, no perdamos la cabeza. ¡Calma! Solamente acaba de pasar el primer plátano a la izquierda. Hay catorce en cada lado. Tenemos tiempo. Reflexionemos.

–¡Ah! sí, sí, reflexionad, ¡pensad en algo!
El pensó, con la mirada fija y la boca crispada.

–¡Ah!

–¿Y bien? – gimió ella ansiosa.

–¡Tengo la solución! Yo respondo de todo.

Fue rápidamente hacia la pared y descolgó un largo velo de gasa con lentejuelas doradas, un collar de bailarina oriental y un atavío con el que había plasmado, sobre un cuadro, alguna danza exótica.

–Envuélvase la cabeza con esto.

–¿Por qué?

–¡No perdamos ni un segundo en inútiles palabras! Una vuelta más. Otra vuelta. Bien. Ahora súbase a la mesa de los modelos.

–¿Sobre la mesa?...

–Sí. Allí, con el velo puesto, no podrá adivinar que sois vos; os tomará por una mujer que posa. Y yo lo despacharé enseguida.

–¡Una buena idea! Ya subo.

Pero Sylvère Bertin se golpeó las manos con rabia.

–¡Soy un idiota! ¡Mi idea es absurda! Él conoce vuestro vestido. Y, además, no se posa con ese traje y con un velo dorado sobre el rostro.

–¡Es cierto! ¡qué va a ser de mi!

Él siguió reflexionando aun.

–Vamos, – dijo con aire de terrible resolución – es el único medio: ¡hay que hacerlo!

–¡Oh! ¿Vais a matarlo?

–No. ¡Desnudaos!

–¿Cómo?

–¡Desnudaos! Las modelos están desnudas. Desnudaos completamente.

–¡Yo! que yo...

–Con la cara cubierta... sin vestido...

–¡Estáis loco!

–... Sin camisa, sin nada...

–¡No quiero!

–... No seréis reconocida. Por el amor de Dios, ¡hacedlo aprisa! Yo ocultaré las ropas bajo los muebles.

–¡Pero es imposible! Habéis perdido el sentido.

–Señora, ¡vuestro marido debe haber ya pasado el quinto plátano!

– Pero... es que ante vos...

–¡El sexto!...

– Me desmayaría de vergüenza.

–¡El séptimo!

–¿Qué mujer honrada podría resolver?...

–¡El octavo!

– Desvestirse, es casi más terrible que...

–¡El noveno!

–Si al menos vos me juraseis...

–¡El décimo!

–...¡No mirarme!

–¡El undécimo!

–¡Ah! ¡Qué horror!

¡Pero que se le va a hacer! Tuvo que resignarse a la abominable necesidad. La blusa, la falda, el corsé, luego las sedas íntimas y las supremas batistas, se quitó todo, como un pájaro que se desplumara a sí mismo. Nada más que el rostro oculto con un velo de gasa dorada. Y allí estaba de pie sobre la mesa de los modelos, semejante a una deslumbrante diosa a quien quedaría hasta en el cuello un poco de la desnudez de los cielos abandonados. Y se estremecía por completo. Pero estaba tan torturada por las alarmas a causa de aquél que iba a golpear la puerta, de aquél que iba a entrar, que se diría que no se preocupaba de Sylvère Bertin, maravillado, excitado, con los ojos como platos hacia ella, ¡extendiendo hacia ella sus ardientes manos!

Sin embargo, transcurrido un minuto:

–¿ Y bien? – dijo ella bajo el velo.

Él, extasiado, no respondió.

–¡Y bien! ¿Y mi marido? No oigo nada. ¿Es que todavía no ha pasado el último plátano?

–¡Ah! Señora, – exclamó Sylvère cayendo de rodillas – vuestro marido no ha venido, y no vendrá. ¿Me perdonaréis la estratagema que he usado para obtener el más incomparable encantamiento que jamás haya sido permitido a unos ojos mortales?

Y bajó la cabeza como alguien sobre el que va a caer un rayo. Pero, en lugar del trueno, sonó una risita en el aire muy cerca de él. ¡Arrojó un grito de alegría! y, abrazándola, escuchó que ella le decía al oído: « ¡Tonto! ¿Acaso pensabais que no había adivinado vuestro ardid? » mientras se dejaba arrastrar hacia el diván forrado de antiguos satenes y suaves tapizados.

LA DULZURA DEL MONSTRUO

Por toda la tierra, – en la época en que los caballeros hacían torneos venciendo a las aladas tarascas y a los dragones que vomitaban llamas – circuló el rumor que, en un antro, cerca del mar, habitaba un ser misterioso más temible que las más salvajes bestias. Qué especie de ser vivo o ente viviente era, nadie habría podido decirlo, puesto que todos los que se habían atrevido a penetrar en su habitáculo no habían regresado. Por lo demás, observado la entrada de la gruta, jamás habríais sospechado el peligro que se encontraba más allá de su umbral; pues de la roca pendían unas ramas siempre floridas, llenas de pajarillos revoloteando y de abejas zumbadoras; y de su interior no venían, entre gritos de matanzas, ruidos de mandíbulas entrechocando o rasgaduras de garras afilándose en la piedra, sino los sonidos de una deliciosa música lejana que era como la voz de un pájaro maravilloso en una brisa perfumada,. ¡Desgraciado el viajero imprudente que, encantado por la ilusión de las floraciones y del canto, intentaba la aventura de enfrentarse con el monstruo desconocido! Tras un silencio atravesado de tiernos lamentos, las personas que pasaban por allí oían grandes gritos, ¡los gritos de alguien que un tigre desgarró o devora! Y el hecho era incuestionable: el viajero jamás volvía a salir al aire claro y azul del día; sin duda, el suelo del antro, como el de un espantoso osario, estaría repleto de osamentas blancas en la oscuridad.

Ahora bien, en esa época había tres hombres igualmente famosos, por razones diversas, entre todos los humanos; eran el emperador de Sirinagor (reinaba sobre veinte pueblos, y tal era su pomposa majestad dentro de su vestido de púrpura y oro, que las frentes de los más altivos potentados se inclinaban ante él, llenos de devoción religiosa y de espanto); el mercader Sēbahim, acreedor de todos los reyes del mundo (sus mil naves, que nunca naufragaban, transportaban de nación en nación los preciosos comestibles objeto de su tráfico, y poseía en diferentes países minas de oro y yacimientos de piedras preciosas, donde se empleaban noche y día obreros en mayor número que las hormigas de los caminos); el caballero Alfanor, en su armadura estrepitosa como el choque de dos ejércitos (era tan grande que, cuando estaba montado a caballo, podía rozar con su penacho la copa de los más altos sauces, y, para liberar princesas encantadas, había aplastado entre sus brazos, sobre los vestigios de los torreones derribados, a cien gigantes fuertes y altos como torres). Cuando estos tres hombres hubieron oído hablar del monstruo que habitaba en un antro cerca del mar, se

emocionaron en su soberbia y resolvieron vencer al formidable ser desconocido, y he aquí que llegaron el mismo día,— seguidos por una multitud — ante la entrada florida donde los pájaros revoloteaban y las abejas zumbaban.

Cuando hubieron decidido por sorteo quién de los tres tendría el honor de intentar la primera aventura, el emperador, al que la fortuna había designado, avanzó hacia la gruta magníficamente. ¡Una muy melodiosa voz procedía de la oscura profundidad! Él se encogió de hombros y dijo: «¡Estrategia inútil! Tú eres terrible, sí, tú, al que me enfrento. ¿Pero qué fuerza y qué orgullo no se inclinarían, sobrecogidos de respeto, ante mi sublime majestad?» Y entró con el cetro en alto.

Después de algunos instantes se oyó un clamor terrible, ¡el clamor de un dios que moría! El monstruo había realizado su obra acostumbrada; toda la multitud, con las rodillas temblando, temía y admiraba al ser que mostraba tan poca veneración por los emperadores.

A su vez el mercader Sēhabim caminó hacia el umbral del antro. La voz que salía de las misteriosas sombras era más dulce todavía. Se encogió de hombros y dijo: «¡Estrategia inútil! Tú eres feroz, sí, tú, al que desafío. ¿Pero qué violencia y qué rabia no se apaciguarían, transformadas en humildes y ávidas súplicas, ante mis deslumbrantes riquezas?» Y entró, llevando entre sus manos un cofre luminoso completamente abierto repleto de diamantes y piedras preciosas.

Tras unos minutos de espera pudo oírse la llamada desesperada de un hombre que sucumbía. El monstruo había triunfado una vez más. El espanto de la multitud iba aumentando con la mayor de las sorpresas: ¿Quién podía ser aquél que prodigaba tan violenta acogida a los portadores de pedrerías?

Avanzó el caballero Alfanor. Ninguna palabra podría dar una idea de la ternura con la que la voz llamaba, a lo lejos, ¡en las tinieblas! Él se encogió de hombros, y dijo: «¡Mediocre superchería! Tú eres formidable, sí, tú, a quien reto. Pero yo apreté leones contra mi pecho, ¡y esos leones, de pronto, cesaron de rugir! Me he paseado, como un segador por trigales cosechados, entre cadáveres de enormes hidras con las colas apagadas. ¿Qué coraje se atrevería a enfrentarse a mi valor? ¿y qué uñas, aun que fuesen de un diablo acostumbrado a vencer a los arcángeles, no se ablandarían con el acero jamás torcido de mi armadura?» Y entró, con la lanza en alto.

En menos tiempo aún del que había sido necesario para despachar al emperador y al mercader, el monstruo dio buena cuenta del caballero Alfanor. Entonces, cuando en una caída de armas sonoras se oyó el grito del guerrero expirando, la multitud, aterrorizada, volvió la espalda y se echó a correr en un tumulto desordenado como un ejército en derrota.

Pero varios volvieron sobre sus pasos a causa de alguien que los llamaba diciendo:

—Esperad, os lo ruego; aquellos que han entrado en el antro no sabían sin duda como tendrían que actuar para someter al monstruo, y yo también quiero intentarlo.

Tan espantados como estuviesen las personas que habían regresado sobre sus pasos, no pudieron impedir reírse.

Aquél que quería combatir al vencedor de los tres más famosos hombres de la tierra, era un pequeño pastorcillo, un muchachito con aires de chiquilla. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba de tener la gloria, las riquezas y la fuerza! No tenía incluso un vestido, cubierto de harapos. Se le encontraba a menudo por los senderos de los bosques, cantando a media voz canciones, canciones singulares, lastimeras, que no se comprendían, o recogiendo violetas en el musgo que reunía en ramilletes. Más de una vez, el amo de la granja donde trabajaba había estado obligado a golpearlo porque a menudo ocurría que ese pequeño perezoso, no llevaba el rebaño a pastar a la hora acostumbrada, tan ocupado como estaban mirando las primeras estrellas nacer y estremecerse en el cielo.

Y siempre tenía en los ojos una ternura, una ensoñación, que provocaban la burla de todos.

–¡Ah!, dijeron las personas, ¡he aquí un bromista, en verdad! ¿Vas a triunfar tú donde fracasaron los más majestuosos de los emperadores y el más rico de los mercaderes y el más valiente de los caballeros?

Él no replicaba. Entró en la gruta, sin cetro, sin ricas ofrendas y sin armas; solamente con las ramas floridas bajos el revoloteo de los pajarillos y las abejas. Había recogido una rosa muy pequeña. Realmente habían dejado de reír y lo compadecían. ¡Pobre muchacho! ¿Qué locura lo había arrastrado? pronto se iba a oír el grito, el horroroso grito de muerte. No, al contrario lo que se oía era, más tierna que nunca, la deliciosa música; pero ahora parecía cantada por dos voces melodiosas. Y pasó una hora. Y el asombro se acrecentaba, y se volvió similar al estupor que se experimentaría ante el más insólito de los prodigios, cuando el pastor reapareció bajo las floraciones de la entrada, sano y salvo, radiante, estrechando contra su pecho a una joven mujer en traje de seda y de sol, tan ella que no se podía decir que hubiese sobre la tierra una princesa tan bella como ella. Y esta exquisita criatura lo miraba, humilde y turbada, con ojos lánguidos de dulzura y delicia.

Entonces, él, el muchacho vencedor, ante la extasiada multitud, dijo:

–Aquí tenéis el monstruo que habitaba en el antro cerca del mar. Es el más formidable de los seres, en efecto, ¡puesto que es una mujer! Pero la mujer, atroz y devoradora, que no sabrán someter la majestad, ni la riqueza ni la fuerza, se la gana fácilmente, cuando se la sabe tomar y basta hablarle de amor, con un corazón sincero, ofreciéndole una flor.

EL CASTIGO DE LA CURIOSIDAD

Iracundo, salvaje y bufando, al igual que un toro que se lidia en un coso, el Sr. Jean de Cléguérec se precipitó en la habitación, nido de encajes y de sedas, completamente en penumbras y tibiezas, donde su esposa medio desnuda aspiraba todavía, bajo la cascada desplegada de sus cabellos, el olor de sus recientes sueños; y, completamente fuera de sí, gritó:

– Señora, ¡he matado a vuestro amante!

Ella no comprendió al principio; levantó su dulce cabeza, apartó de sus párpados un poco sorprendidos el desorden de sus rizos, y dijo:

–¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué queréis? Apenas deben ser las doce; bonita hora para despertar a una persona que no deja de bailar antes de la hora en que el amanecer apaga las lámparas con su claridad.

El repitió, más imponente:

–¡Os dije que he matado a vuestro amante! ¡En duelo! ¡Esta mañana! ¡En el bosque de Meudon!

Entonces ella se anegó en lágrimas; y ustedes no habrían dejado de sentir el alma conmovida a más no poder si hubiesen visto y oído como se lamentaba la pobre joven. Sincera por primera vez, – de tal modo la vencía la pena, – incluso ni pensaba en jurar que era inocente, que jamás había engañado a su marido, y que él se había manchado las manos de sangre sin razón.

–¡Ah! ¡Dios mío! ¡Adrien! ¡querido Adrien! ¡Lo amaba tanto! ¡Tenía un modo tan exquisito de abrazarme sobre su corazón! Las palabras que me decía tan cerca del oído en nuestras soledades nocturnas eran tan tiernas y tan embriagadoras! En cuanto a sus besos, por ser el paraíso, no les faltaba más que ser eternos; y eran largos y muy satisfactorios.

Un diablo en una caldera de aceite hirviendo no se enfurecería más de lo que hizo el violento esposo.

– ¡Lo he sabido recientemente! – vociferó, no sin veinte juramentos. – ¡Pero no fue Adrién al que atravesé de parte a parte con una espada vengadora!

Ella sollozó más desesperadamente:

– ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡Ludovic! ¡mi pobre Ludovic! ¡Lo adoraba con tanto fervor y era tan digno de mi apasionado cariño! Jamás conocí una delicia comparable a la que me producía el soplido de su boca en mi cuello. Cuando ponía su

mano en mis cabellos, me parecía que unas llamas, pero unas muy dulces llamas, le salían de los dedos, y me penetraban por completo, y me recorrían de arriba abajo. Una vez creí morir, –¡ah! sin ningún dolor – de un escalofrío que me causó el roce de su bigote sobre mis labios.

El marido hacía rechinar sus dientes de tan terrible modo que los cristales, detrás de las cortinas, vibraron.

–¡Abominables revelaciones! – gritó él. – ¡Pero no fue a Ludovic a quién dejé yaciendo en el prado con un preciso golpe de espada!

Ella lloró más abundantemente, retorciendo los brazos:

–¡Oh! ¡Qué desastre! ¡Qué catástrofe! ¡Valentin! ¡Querido Valentin! Su amor me era tan precioso, tan indispensable, que desfallecía hasta volverme enferma, cuando permanecía solamente dos días sin ir a verle a su apartamento de soltero amueblado con una cama, un sofá y cuatro divanes. Y jamás, durante mis visitas, ninguno de esos muebles fue inservible. Pues aquél que vos habéis matado en vuestra execrable rabia era una de esos amantes heroicos, tan poco frecuentes en nuestros días sin prodigios, que, a la perfección en sus tiernos trabajos, ¡añaden el milagro del Número!

El Señor de Cléguérec pataleaba, ¡hundía el parqué a patadas a través de la alfombra!

–¡Execrable confesión! – ladraba, rabioso. – ¡Pero no fue Valentin, cuya vida apagué tras una estocada en pleno pecho!

Ella emitió unos gritos desgarradores, se mesó los cabellos a puñados como para arrancárselos todos.

– ¡Oh desgracia sin par! ¡Oh, suprema calamidad! ¡Mi querido Marcel!...

Pero, entonces, su marido la interrumpió, súbitamente calmado, y, con un tono con el que esta vez había más alarma que cólera, y dijo:

– ¡No, esperad, deteneos un momento! La estratagema que mis celos curiosos han concebido para informarse ha tenido demasiado éxito. Prefiero confesaros que no he matado a nadie; pues, si continuase con la prueba ¡acabaría por saber que habéis amado a toda la tierra!

LA URGENCIA MÁS DULCE

Por voluntad de un hada cruel, – creo que era Alcine o Mélandre, – una princesita, llamada Argentina, había sido llevada desde su más tierna infancia a una isla desierta. No perderé el tiempo en marrar cual fue motivo por el cual el hada se había decidido a tan despreciable acción, porque no importa demasiado y no serviría de nada a mi historia. Únicamente ustedes deben saber que la niña exiliada era muy desdichada en ese país sin habitantes. No es que fuese feo o siniestro; bien al contrario; allí abundaban las más bellas flores de la tierra bajo un cielo azul pálido en el que pasaban, como grupos de ángeles voladores, nubes blancas y rosas; pájaros vestidos de cien colores agradables deambulaban por las ramas siempre verdes, movidas por una brisa tan perfumada que la hubieseis tomado por el aliento de los claveles y las rosas en plena floración, y la mar, que llegaba, deliciosamente susurrante a morir en la orilla, aportaba, en lugar de conchas, perlas, diamantes, rubís, topacios, por millares, de modo que la arena parecía hecha de pedrerías. Cuando Argentina, por el placer de verse bien vestida en el espejo de los arroyos, se adornaba con grandes hojas o flores unidas una con otra mediante espinas, se ponía en los cabellos algunas de esas radiantes gemas, y reía, aunque tristemente, de encontrarse tan bonita. No era la soledad la que la hacía infeliz: arrancada del palacio de su padre siendo muy pequeña, no sabía que hubiese más seres vivos que ella, y por tanto no podía sufrir por estar sola ya que ignoraba que pudiese estarlo. No, lo que había allí terrible para la princesita, era que en su isla no encontraba nada que se pudiese comer. ¡Nada, nada, nada! Por todas partes, ramas con colores rojos y blancos en eclosión, pero ni una fruta, aunque fuese muy pequeñas, ni una fresa, ni una mora; y cuando Argentina, a la que el hambre apremiaba cruelmente, quería, a falta de alimentos como es debido, llevar flores a su boca o algunas hierbas, las hierbas y las flores, por un malévolos milagro, se convertían en pajarillos o en insectos que echaban a volar muy rápido. Sin duda estarán ustedes sorprendidos de que la pobre princesa no estuviese muerta al cabo de poco tiempo... Es que no se imaginan hasta que punto el hada era poderosa y astuta. Gracias a ella, Argentina, que sufría cruelmente la privación de alimentos, no corría peligro; y, cuando tuvo dieciséis años, hacía catorce que se moría de hambre sin morir nunca. Sus dolores, a decir verdad, ¡no podrían ser expresados! Nada la podía distraer excepto, raramente, el muy breve placer de mirarse, bien engalanada, en el agua que se estanca o fluye bajo los árboles. Todo el día, por la noche también, ella iba y venía, corría, se detenía, presionando con sus manos el pecho;

algunas veces lamía las rocas, llenando la boca de agua de mar, trataba de masticar las duras piedras preciosas: Desgraciadamente, nada la calmaba, ¡nada engañaba su hambre! Era muy curioso que por las noches las pequeñas estrellas del cielo, que son caritativas, no llorasen al verla tan desdichada; sin duda el hada las había vuelto tan malévolas como ella. Y, a menudo, – no teniendo otro deseo que saciar su incesante apetito, no habiendo conocido nunca, aunque estuviese en edad de amar y ser amada, las ensoñaciones que turban a las señoritas más ignorantes de todas las ternuras, – Argentina, con los brazos elevados al aire nocturno, gritaba mirando a la luna que tal vez era buena para comer y le hubiese gustado morderla. Tanto penaba que finalmente el hada Alcinte, o bien el hada Mélandre, experimentó un remordimiento por la barbarie a la que durante tanto tiempo se había obstinado – las personas más malvadas tienen momentos de misericordia – y decidió liberar a su víctima de una tan horrorosa tortura; ordenó a alguien de su séquito descender a la isla con una gran cesta llena de los más bellos frutos del mundo. Cuando la princesa erraba, hambrienta, por la orilla, vio venir a un paje muy apuesto que llevaba, dentro del dorado mimbre, melocotones, albaricoques, ciruelas, uvas, higos y unas rojísimas cerezas. En el mismo instante que los vio adivinó que todas esas hermosas cosas serían exquisitas al paladar, y corrió, ávida, radiante, casi terrible, dispuesta a coger, a triturar, a probar. Pero cuando estuvo cerca el portador de las frutas, – ella no podía concebir lo que éste podía ser pues no conocía a ningún ser humano, – le pareció tan deliciosamente hermoso con sus cabellos rubios en bucles, sus tiernos ojos azules, sus frescas y sonrosas mejillas y sus labios más rojos que las cerezas, que se detuvo extasiada. ¿Acaso él también era bueno para comer como las cosas de la cesta? Tal vez... no del mismo modo, pensó; y lo miraba, y se encontraba feliz, aunque devorada por el hambre. ¡Finalmente se precipitó! pero antes de morder los frutos, ella lo besó en los labios.

LAS CAMISAS MÁGICAS

I

En la estancia milagrosa donde, allende nuestro mundo, el rey Amor vive eternamente entre el coro inmortal de los ilustres amantes y de los amantes ilustres que no dejan de besarse en los labios excepto para cantar las alabanzas del augusto Beso, llegaron un día muy malas noticias. Unas viajeros que acababan de venir de los habitáculos humanos afirmaban que las mujeres de la tierra, en su apetito del Oro o del abyecto Placer, habían renunciado en su mayoría a las delicias de las más puras ternuras; incluso las mismas vírgenes, según decían, proyectaban ya perversidades en sus solitarios lechos blancos. Al escuchar esas noticias, el rey Amor experimento la pena que sentiría un príncipe magnánimo sabiendo que la peste y la lepra asolan su pueblo; y en todo su paradisíaco reino se produjo tal desolación que Julieta se alejó de Romeo para llorar amargas lágrimas, al igual que Jimena, durante un instante, ceso de mirarse en los orgullosos ojos de Rodrigo, y que una nube, para repentino pavor de Petrarca, veló el doble cielo que Laura tiene bajo los párpados. Sin embargo el joven rey dijo: «No, no puedo creer que tal calamidad aflija y deshonre a la dulce humanidad; los más sutiles observadores pueden dejarse engañar por las apariencias: tendré que comprobar la situación por mi mismo.» Y, en ese preciso momento partió para la tierra. ¿Qué camino utilizó? Un rayo de sol que descendía hacia un jardín de aquí abajo; y Amor tocó el suelo entre un parterre; lis, rosas y otras flores aún cerradas que lo reconocían se emocionaron y se abrieron.

II

Poco tiempo después, en la más grande plaza de la más grande ciudad del mundo, apareció un extranjero acompañado de un fastuoso séquito. Aunque lo más normal fuese considerarlo un charlatán, puesto que se mantenía de pie con gran gesticulación, entre ruidos de pífanos y tambores, en el pescante de un coche, no se parecía demasiado a los timadores y engañabobos que se acostumbraban a ver; no tenía en la cabeza un casco de cobre con un gran penacho, ni una capa de púrpura le cubría los hombros: luminosamente peinado tan sólo con sus cabellos de oro y de auroras, completamente

acorazado con pedrerías, deslumbraba, ¡encantador y grandioso! Viendo su joven rostro altivo, terrible como un rayo y bello como una flor, daba la impresión de ser algún dios convertido en vendedor ambulante de orvietán¹. En cuanto al carruaje desde donde peroraba, y al que un vuelo de níveas palomas rodeaba de palpitations blancas, parecía hecho de un gigantesco zafiro completamente incrustado de diamantes o de estrellas; y los músicos, batiendo los tambores y soplando los pífanos delante de tres cofres, sin duda repletos de raras mercaderías, estaban, con una alas en la espalda, tan suntuosamente engalanados con frívolas telas y con cintas de colores, que desde poca distancia se les habría podido tomar por pajes que, a fin de divertir a alguna fantástica reina, se habrían disfrazado de aves del Paraíso.

No hay que decir que tal aparición causó en la ciudad una gran curiosidad. ¡Todas las mujeres salieron de sus estancias! Las vendedoras acudieron desde las tiendas, las cortesanas desde los salones, y desde los palacios acudieron las princesas. Las puertas de los conventos, abiertas como por arte de magia, dejaron escapar a los desbocados tropeles de monjas; y ya no había colegialas en las escuelas, porque todas estaban en la plaza, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos observando al hermoso charlatán.

Entonces él, dominando a la muchedumbre, dijo:

– Mirad astros, sonrisas de las flores, simpatías, encantos, bellezas, ¡oh, mujeres, escuchadme! No es lo que me conduce a este lugar el mediocre ánimo de lucro. No vendo nada, ¡yo doy! y no doy ni ungüentos ni maquillajes del los que, más frescas que las praderas en abril, no tenéis ninguna necesidad; ni sombreros, ni joyas, ni vestidos. ¿Qué puedo entonces ofreceros? ¡Camisas! pero camisas como no se podrían encontrar en las tiendas de la ciudad, unas camisas talismán, unas camisas mágicas. ¡Gracias a ellas serán realizados, Damas, vuestros más queridos deseos; Señoritas, vuestros más dulces sueños! Las tengo de tres clases: unas, muy ligeras, son del color de los lingotes que se ven en las casas de los prestamistas, otras son de color rosa como el pudor ofendido, otras son más blancas que unos lis entrevistados en las diáfanas brumas matinales. Y, antes de hacer vuestra elección, debéis saber que privilegio está vinculado a cada una de ellas. Aquellas de entre vosotros que, por las noches, a la hora en la que va a venir el esperado amante, pongan las camisas doradas, serán poseedoras, a partir de ese momento, de todos los lujos y todas las opulencias; no les hará falta nada de lo que el orgullo o la codicia anhela; y, siempre, por las mañanas, despertándose tras la partida de aquél que las ama, verán con mirada todavía adormecida, sobre la mesa, sobre la estantería o sobre la repisa de la chimenea, montones de piezas de oro o fajos de billetes de banco.

Millares de manos se dirigieron ávidamente hacia el vendedor de talismanes, queriendo tomar, arrancar, llevar.

Él continuó:

– Aquellas de entre vosotras que vistan las camisas rosas, lamentablemente conocerán otros goces. Las misteriosas caricias inventadas por la malicia de los más sutiles amantes; extraños pecados que aconsejan en voz baja los tentadores demonios. El beso, que es el más puro de los hechizos y tal vez el más infame de los placeres. Ninguna de las diabólicas delicias, ninguno de los infernales paraísos será vedado a aquellas temerarias personas que elijan las camisas rosas; y, por las mañanas, en la habitación llena de perfumes demasiado calidos y de espantosos recuerdos, tendrán miedo de abrir los ojos a causa de la inocencia del día que se deja traslucir a través de las persianas.

¹ Droga inventada por un charlatán de Orvieto (Italia) que estuvo muy de moda en el siglo XVII. (N. del T.)

¡Ardientes respiraciones le quemaron el rostro! En tumulto, despeinadas, con las miradas ansiosas, muchas mujeres se precipitaron hacia él.

Él continuó:

—¡Sin embargo son preferibles las camisas blancas! Tened cuidado de no elegir las. Gracias a ellas conoceréis los inocentes transportes de amar y ser amadas en una perfecta paz donde el alma se extasía. ¡Ninguna ambición que turba! ¡ningún arrepentimiento que mortifique! Seréis fieles amantes de fieles amantes. Para merecer poseeros, para ser dignos de no perderos, serán discretos, buenos, leales, honestos, heroicos. No os prodigarán principescos regalos; sus besos no encenderán devoradoras llamas en vuestras bocas, pero tendréis por todas partes, en los labios, en la frente, y en todo vuestro ser, la frescura que dejaría el roce de una ala angelical húmeda en el rocío del cielo. Mirad astros, sonrisas de las flores, simpatías, encantos, bellezas, ¡oh, mujeres! ¡aceptad las camisas mas blancas que unos lis entrevistos en las diáfanas brumas de la mañana!

Pero apenas hubo acabado el discurso, de todas partes de la plaza, las innumerables mujeres, se abalanzaban con estos gritos:

—¡Dorada!

—¡Rosa!

—¡Dorada!

—¡Dorada!

—¡Rosa!

—¡Dorada!

—¡Rosa!

—¡Rosa!

—¡Dorada!

El charlatán no sabía a quién atender; aunque se hizo ayudar por sus músicos, no podía satisfacer, pese a su diligencia, a todas las furibundas codiciosas que tomaban los talismanes, los estiraban, casi los desgarraban. ¡La distribución duró hasta bien llegada la noche! y las mujeres, — vendedoras, cortesanas, princesas, monjas y colegialas — no consintieron en retirarse hasta que los cofres estuvieron vacíos. Pero quedaba allí uno que no hubo necesidad de abrir, — el que contenía las decentes camisas blancas.

III

Cuando el joven rey Amor hubo repetido la experiencia en todas las ciudades de la tierra, y también en las encrucijadas de los más humildes pueblos, se sintió invadido de una infinita tristeza. ¡Los portadores de las malas noticias no habían mentido! Para escarnio de su gloria, el Lujo o la Lujuria era ahora el único objetivo de los deseos femeninos; y, tras haber sido el príncipe de los sanos ardores, de las inocentes alegrías, de las abnegaciones de hermosos heroísmos, él, Amor, ya no era más que el señor de las avaricias y de las sucias concupiscencias. Desgraciadamente para un dios debe ser una cruel aventura ser envilecido por aquellos que le adoran; y hubiese preferido sus altares desiertos a sus altares mancillados.

Una noche que estaba soñando melancólicamente, sentado en el borde de una cuneta, — después de haber distribuido todo el día tantas camisas doradas y tantas camisas rosas, — oyó en el silencio de las sombras, muy cerca, los ruidos de unos pasos. Se volvió. Observó a una flaca muchacha, una mendiga harapienta muy pálida pero bonita bajo los rayos de luna; y, tímidamente, con voz temblorosa, ella dijo:

—¡Oh! no os enojéis, os lo ruego; ¡tengo tanto miedo! Vais a considerarme muy atrevida. Antes, delante de vuestra carroza, muchas mujeres gritaban: «¡Dorada!

¡Dorada! ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Dorada!» Yo no me atrevía a decir nada; pero tengo ganas de tener también una camisa.

–¿Tú, chiquilla? – dijo él.

–Sí. ¿Veis esa cabaña en la curva de la carretera? allí es donde vivo con mi tío y mi tía. Tienen un hijo un poco mayor que yo que trabaja en los campos; yo soy pastora de corderos. Nos amamos y nos vamos a casar. Y me daría mucho placer ser feliz con él, mucho tiempo, siempre. Así pues, comprended, si no os molesta, que os pida una camisa blanca.

¡El rey Amor levantó con orgullo su frente hacia las estrellas! ¡Había encontrado sobre la tierra en un corazón de mujer, una honesta y sencilla ternura! Eso bastaba para que su gloria no se apagase por completo; le parecía que reconquistaría su divinidad. ¡Desde luego le dio la camisa color de lis y de nieve! y, además, decidió hacer un gran honor a la pequeña mendiga tan delgada y pálida.

–¿Cuando te casas? – preguntó él.

–El lunes próximo, por la mañana, creo; pero no será una bella ceremonia porque somos pobres – dijo ella.

–¡Será una ceremonia tan bella, por el número y fastuosidad de los asistentes, que jamás se celebrará una boda semejantes en los esponsales de una princesa!

Y, escalando por el rayo de luna, subió alegremente hacia la paradisíaca tierra donde vivía. ¿Cuál era su proyecto? Había decidido asistir a la boda de la pastora, y no asistiría solo. Llegado el día, descendió aquí abajo, seguido por el cortejo de los ilustres amantes y de los amantes ilustres que no dejan de besarse en los labios excepto para cantar las alabanzas del augusto Beso: Allí estaba Julieta con Romeo, Jimena con Rodrigo y Petrarca con Laura, y tantas otras enamoradas cuya fama se inmortaliza con tantos otros enamorados. ¡Desde luego, era una hermosa compañía para las bodas de la pálida y pequeña mendiga! Pero, cuando esa multitud ponía pie en tierra sobre la carretera, no lejos de la cabaña, el rey Amor vio que había en la puerta una blanca cinta luctuosa. Se asombró, preguntó a un aldeano que por allí pasaba que le dijo «Murió una chiquilla que vivía ahí.» Entonces el dios, decepcionado, lloró, pues la pobrecita novia había dejado de vivir antes del himeneo, y, desgraciadamente, ya no había ninguna mujer en la tierra que quisiera la camisa blanca.

EL DESEO POR DESGRACIA CUMPLIDO

¡Ya era tarde, y a partir de ahora imposible! Fue con los más ardientes suplicas, los gestos más convincentes, como me arrojé a las rodillas de esta exquisita y cruel mundana. Sin duda conmovida finalmente por mi largo sufrimiento, y convencida, por el transporte del ataque y del valor del asaltante ¿iba a ceder en su desdén? ¡Cuánto me equivocaba! Con una mirada, alejó todas mis esperanzas, y dijo con una risita:

– Lo que es amar a un poeta, es una tontería que jamás cometeré.

–¡Eh! – exclamé yo – ¿por qué crimen los poetas tiene el merito de perder la estima de las mujeres jóvenes? ¿No saben amar tan bien como los demás hombres, y no tienen además el privilegio de inmortalizar en entusiastas alabanzas la belleza de sus amadas?

–Precisamente, caballero, su manía halagadora, abundante en figuras retóricas, es lo que temo: no quisiera, no, que me ocurriese lo que le sucedió a mi amiga Lise de Belvelize.

¿Qué le había sucedido a Lise de Belvelize? La cruel me lo contó.

–Una vez que mi amiga, delante del espejo, se disponía a vestirse para el baile – puesto que la doncella acababa de salir– un jarrón chino de la chimenea estalló en veinte fragmentos, y de los pedazos salió, no más grande que una abeja, vestida con cuatro o cinco perlas y cubriendo su cabeza con un pétalo de gavanja donde unos diamantes parecían el rocío, una personita en la que no se podía reconocer más que a una hada. Y, en efecto era una. «Lise, dijo, mis hermanas, por las noches, se ocultan en los cálices de los claveles y de las rosas, donde están completamente a salvo; yo, es en las flores donde también me oculto, pero en las flores de terciopelo y de encaje que estampan las cortinas de tu alcoba. Ya te puedes imaginar que no duermo demasiado, expectante como estoy con las tiernas palabras y las delicadas caricias con las que hechizas el insomnio feliz de tu amante! y he concebido una gran amistad hacia ti a causa de las bonitas palabras que sabes decir y los gestos, más bonitos todavía, con los que destacas. En consecuencia he decidido rendirte un buen servicio. ¡Pide un deseo! que, palabra de hadita, será cumplido.» ¿Qué puede desear una mujer, incluso muy bella? Ser más bella todavía. Lise se acordó – ¡la desdichada amaba a un compositor de rimas! – de sonetos, de rondeles, de las baladas que celebraban, con tantas metáforas, y no sin alguna exageración, los atractivos de los que estaba provista, y solicitó volverse tan

milagrosamente encantadora como lo era en los versos de su amigo. «¡Magnífico!, dijo la hada prorrumpiendo en carcajadas: acaba de vestirte: desde el momento que estés en el baile, tu deseo será realizado.» Luego desapareció, los trozos del jarrón chino se juntaron alrededor de ella como cuando se cierra una flor. Lise se apresuró a llegar a la fiesta, ¡donde la saludarían llenos de sorpresa y admiración! Pero las cosas sucedieron de un modo muy diferente a lo que ella esperaba. Apenas entró en el salón iluminado de lámparas, se produjeron a su alrededor una serie de cuchicheos burlones, risas, unos «¡oh! ¡oh!», unos «¡ah!, ¡ah!» y cien gestos que la señalaban con el dedo. ¿Qué ocurría? ¿Qué había sucedido? Llena de inquietud, corrió hacia un espejo. El corazón de un tigre hubiese sido conmovido por el grito lastimero que ella emitió: se veía igual, en efecto, a la belleza creada por la ensoñación de su amante. Sus cabellos rubios ya no eran cabellos sino unas espigas reunidas en matas doradas; en lugar de sus ojos relucían dos zafiros; su boca que había dejado de ser una boca, era una rosa; realmente tenía un cuello de cisne; unas alas de ángel se estremecían en su espalda, y sus senos, – antes carnes tibias y palpitantes, – ¡sus senos eran de mármol! Ella se estremeció pensando en lo que habían podido convertirse tantos otros tesoros cubiertos por encajes y sedas, y huyó perseguida por la ironía de las mujeres y la piedad de los hombres. ¡Pobre amiga mía! No le bastaron menos de ocho o diez flirteos llevados al extremo, con unos ingenieros, unos banqueros y unos herreros, para deshacerse de toda esa poesía. Y vos debéis comprender, caballero, que, desconfiada de las trampas que pueden tendernos los poetas imaginativos y las pequeñas personas que salen de los jarrones chinos, que he de tener mucho cuidado de exponerme al infortunio de ser bella al punto de no ser una mujer del todo.»

¡De este modo justificó el no amarme la exquisita y bárbara mundana! Pero ella no me embaucó, – aun cuando la aparición de la hada hiciese el cuento tan verosímil; y yo sabía que si ella rechazaba mis ardientes duplicas y mis gestos en vano decididos, era porque, el domingo, en la plaza, su corazón había sido alcanzado por la banderilla de un grácil y nervioso torero, de rostro moreno y afeitado como un comediante de provincias.

LA PIADOSA PECADORA

Desde luego, Valentin, hombre de experiencia, no se asombraba excesivamente de haber conquistado por completo a la Señora de Rocas, esa española fervorosamente católica que va todas las mañanas a misa, se confiesa una vez a la semana, y que pasa todo el tiempo queriendo convertirlo de modo que el tiempo que no ocupa en besar sus labios, le dice, entre caricia y caricia: «¡Ah! lo que me preocupa, amor mío, es vuestra salvación!» y que lo obliga a llevar un escapulario no lejos del bucle de cabellos que ella le ha dado. Incluso él admite que ella coloca todas las noches un crucifijo, – un adorable pequeño crucifijo de marfil y de plata, – sobre la almohada contigua de éste donde, después de tantos abrazos, ellos acabarían desfallecidos finalmente; pues es natural, estando enamorada y siendo piadosa, que quiera quedarse dormida entre su amante y el buen Dios; y la devoción no excluye el amor, también religión. Pero la Señora de Rocas ¡no se limita a los sencillos ardores de las instintivas ternuras! Más que ninguna otra, ella es proclive a los besos misteriosos, a los besos extraños que saben lo que hacen; su deseo de delicias se adapta a unas sutilidades por donde el pecado, con el placer, se acrecienta. Jamás, – en la penumbra de la habitación de llena de perfumes que mueren y resucitan, después de los vuelos de muselinas y encajes, que son como huidas de ángeles asustados, – ha rechazado las largas y tenaces postraciones de rodillas; ella, al contrario, las acepta como una Virgen a quien la satisfacción de ser implorada por un ferviente peregrino pondría el cielo en los ojos; incluso, hay que decir que los atiende. Tan religiosamente como se los pueda expresar, tales maneras de divertirse en las horas nocturnas no dejan de parecer poco compatibles con una piedad rigurosa; y Valentin, aún complaciéndose con ellas, se sorprendía, estando tentado casi a censurarlas. Pero no tardó en comprender. – cuando hubo interrogado, en voz baja a su amiga, – que la juzgaba mal, que había cometido un gran error atribuyendo al único amor de las alegrías prohibidas la facilidad con la cual ella se resignaba a los excesivos dispendios. «Es muy cierto, murmuro ella, más roja que una muy casta rosa a quien se le reprocharía estar demasiado abierta bajo una mariposa posada, que os debo unos placeres sin duda reprobables (¡el cielo se digne a concederme el arrepentimiento!) ¡yo no niego los encanto con los que me transporta la estrategia de vuestras caricias! pero el pensamiento de vuestra salvación nunca deja de estar presente en mis más queridas preocupaciones: ¡me preocupa en los momento en los que vos menos pensáis en ello! y, si yo permito, y a veces reclamo vuestro fervor arrodillado, por desgracia tan poco sagrado, es sobre

todo a fin de que los tormentos del infierno, más tarde, os sean evitados, – ¡Ah! ¡bah!, dijo Valentin. – Sí, amor mío, ¡yo arriesgo mi alma para salvaros! pues, desde el minuto, en el que, arrebatado, con la frente baja y los ojos cerrados, olvidáis todo en el exceso de mi apasionamiento y del vuestro, al menos yo puedo, – bien culpable y bien condenada si mi santa patrona no intercede por mí, – tomar a tientas, sin despertaros, el crucifijo, ya sabéis, el pequeño crucifijo de plata y marfil; lentamente dulcemente, lo coloco cerca de vos, delante de vos, y Él, tal vez, ¡Él crea que vos le rogáis!»

ÍNDICE DE CUENTOS

La princesa desnuda.....	2
Complicidad	5
El testimonio de las palomas	9
El cofre de ébano y oro.....	12
La última morena.....	16
Una de las tres flores	19
La utilidad del sol	23
La mosca.....	26
El más bello recuerdo	30
El buen almanaque.....	33
Los tres sueños	35
El honor a salvo	38
Un raro mérito	42
Batistina o los tres lechos	46
El cochero ideal	49
La avenida de los plátanos.....	53
La dulzura del monstruo	57
El castigo de la curiosidad	60
La urgencia más dulce	62
Las camisas mágicas.....	64
El deseo por desgracia cumplido	68
La piadosa pecadora	70